

GERMINAL



JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

Madrid..... { Trimestre..... 2 pts.
 Año..... 7 —
 Provincias.. { Trimestre..... 2,50 —
 Año..... 9 —
 Extranjero y Ultramar: Año, 15 pts
 Número suelto, 15 cts.—Atrasado, 50.
 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

HORAS DE OFICINA: DE 3 A 6.

Redacción: VILLANUEVA, 20, Madrid.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE 1897.



PRIMITIVO ARMESTO.—PESCADORES DE SARDINAS (cuadro premiado con 2.^a medalla).

¡Aupa la red!... ¡Hincad el duro remo
 en el rugiente mar!
 ¡Jugad la vida y desafiad las olas,
 porque no tenéis pan!

¡Aupa la red!... ¡Que el cielo airado cruja
 en bronca tempestad!
 ¡Vuestro amplio pecho, vuestro férreo brazo
 sus iras domará!

¡Aupa la red!... Y si rastrero empuje
 os hace zozobrar,
 caeréis luchando, triunfador el gesto,
 colérica la faz.

RAMIRO DE MAEZTU.

EL SOCIALISMO CATÓLICO.

¿Quién sería el genial humorista que por vez primera unió esas dos palabras que rabian de verse juntas? Porque humorista y de los finos, debió ser el primer católico que se llamó socialista ó el primer socialista que se apellidó católico. ¿Cabe imaginar broma más delicada?

¿Es posible que se hayan dejado engañar por esa paradógica invención, espíritus tan sagaces, pensadores tan profundos como León XIII, Manning, Gibbons, Keteller, Mermillod, el conde de Mun y otras eminencias del catolicismo? Cuando reflexiono acerca de esto, me pierdo en un mar de confusiones, como los personajes de novela por entregas, ó me doy á pensar las más endemoniadas heregias.

Sin estar seguro de mi imparcialidad y deseoso de saber á qué atenerme respecto al socialismo católico, decidí conocer opiniones ajenas valiéndome del título de periodista que autoriza para ser preguntón, curioso y entremetido.

He conferenciado con varias personas, preguntando

á todas ellas lo que opinaban del socialismo católico, y reproduzco con la fidelidad posible sus contestaciones. No respondo de las de Pío IX y Camilo Desmoulins, que me han sido ofrecidas por un amigo mío espiritista.

Pío IX.

¡El socialismo católico! ¿Y para ese viaje me dictó el Espíritu Santo el *Syllabus*? ¿Y para llegar á ese resultado anduve en guerra con príncipes cristianos? ¿Y para venir á dar en el socialismo maldije y condené al liberalismo como al más horrendo de los pecados? Afortunadamente para la Iglesia, los católicos están conmigo; si no consúltese al clero español y ya se verá cómo respira.

El ideal del catolicismo no puede ser otro que el que defiende *El Siglo Futuro*, órgano de Nocedal.

Las nuevas tendencias de la Iglesia católica, son descaradas censuras á mi obra y yo no puedo tolerar lecciones de nadie, porque para algo me declaré inflexible.

Camilo Desmoulins.

La Iglesia se ve perdida y *saca el Cristo* que tantos siglos estuvo arrinconado, aquél de quien yo dije que

era el primer *sans culottes*. En mi tiempo, el Cristo de los católicos era amigo de los reyes y de los nobles; ahora, el Cristo de los católicos es socialista... ¡Hum!

La Iglesia pretende remozarse para agradar; arroja las negras y antipáticas tocas con que la vistió la beatería y quiere adornarse á la última moda... Cuidado porque *aunque la mona se vista de seda*...

Un filósofo positivista.

Comedia, pura comedia. El socialismo católico ha nacido en los países protestantes y sólo es señuelo para atraer prosélitos que sostengan el culto con sus limosnas.

—¿No persigue el socialismo católico otra finalidad más elevada?

—Sí, pretende dirigir y encauzar en su provecho el avasallador movimiento social. La cosa estaba prevista; ya dijo Cavour que los ultramontanos se harían socialistas y Bismarck profetizó que la *internacional negra* se uniría á la *internacional roja*. La Iglesia católica no ha cambiado de política: ahora, como siempre, se coloca al lado del presunto heredero de la soberanía. Es socialista porque los humildes del pasado son los poderosos del presente. Con sus asociacio-

nes obreras quieren los católicos reconquistar la perdida influencia en los pueblos protestantes y su socialismo es un arma política que utilizan: en Alemania, para elegir diputados hostiles al *Kulturkampf*; en Inglaterra, para apoderarse moralmente de Irlanda, y en todas partes para unir en una confederación general, sometida á la Iglesia, las fuerzas vivas del pueblo, de los talleres y de los campos.

El socialismo católico persigue el triunfo de la Iglesia y con el triunfo de la Iglesia la anulación del socialismo. Los católicos, allí donde se vean privados de influencia y amenazados en sus privilegios, se harán socialistas.

Lo que le digo á usted, comedia, pura comedia.

Un católico rancio.

El Papa León XIII dijo el año 78 que la democracia socialista era una *mortífera pestilencia* y á eso me atengo.

—Es que después ha dicho lo contrario. Lea usted si no la ha leído, la Encíclica *De conditione opificum*.

—Sí, todo está desquiciado y en crisis y no sé á dónde vamos á parar. Yo creía que siendo la monarquía de origen divino, monárquico debiera ser todo católico; pero en la Encíclica *Sobre el origen del poder civil*, declara el Papa que la Iglesia es indiferente á las formas de gobierno; yo creía que el liberalismo era pecado y el Papa en su carta á los cardenales franceses manda aceptar la República. ¡Qué contradicciones! ¡Qué confusión!

—¿Qué me dice usted entonces del dogma de la infalibilidad?

—Digo, amigo mío, que me quedo con mi catolicismo de hace cincuenta años y que no soy ni seré socialista.

—Pues según los católicos de ahora el socialismo nace de los Santos Padres. Recuerde usted que San Basilio, San Clemente, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio y otros, han tronado contra los ricos y contra la propiedad.

—No haga usted caso de esas citas. A los Santos Padres puede aplicarse aquello que dijo Guizot de la historia: son un arsenal en donde se encuentran armas para defender todas las causas. ¿San Basilio asegura que el rico es un ladrón? pues el Papa León XIII, en la Encíclica que usted me ha citado, manda guardar intacta la propiedad privada. ¿Que los Santos Padres condenan á los ricos? pues las Santas Escrituras dicen que las riquezas Dios las concede.

—¿De manera qué...?

—El socialismo es una *mortífera pestilencia*.

Un clerófago.

¿Los católicos socialistas? Están locos. Si en la organización socialista la fórmula es *á cada uno según su esfuerzo*, ¿qué van á comer los curas?

Si en la organización socialista rige la ley de vagos, que condena á aquellos que no trabajan ¿qué será de los frailes y de las monjas?

Un partidario del buen sentido.

Opino como Alfredo Calderón, que dice en su libro *Nonadas*:

«Hay contra el pretendido socialismo católico un argumento incontestable. Se puede tener fe en la eficacia del aceite de hígado de bacalao para combatir la debilidad y el raquitismo. Pero si alguien que viniese usándolo desde su más tierna infancia degenerase, á pesar de ello, en débil y raquítico, mal acogido sería quien le recomendase el tal aceite como remedio á su dolencia. Mil novecientos años de catolicismo no han impedido que la lucha social surgiera. ¿Á quién puede ocurrírsele que se halle en el catolicismo la solución de la lucha social?»

Un socialista templado.

Cristo dijo: *los que no están conmigo están contra mí*, y los católicos toman tan al pie de la letra las palabras del maestro, que para ellos no ha sido, ni es, ni será prójimo el hereje. ¿Ejemplos? Los socialistas católicos son los enemigos más terribles de los socialistas irreligiosos. En Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, la lucha es enconada y sin cuartel entre unos y otros.

No basta llamarse socialista, es preciso presentar soluciones concretas, ¿cuáles son las de la Iglesia?

Veamos cómo el Papa León XIII pretende resolver el problema obrero, en su célebre Encíclica sobre la cuestión social:

«No se hallará ninguna solución aceptable, si no se acude á la Religión y á la Iglesia.»

Vous êtes orfèvre Mr. Josse.

«En la vida humana hay penalidades inevitables; sufrir y padecer es la suerte del hombre.»

Esa es la esencia del cristianismo: la teoría de la resignación como único remedio.

El reinado del cristiano no es de este mundo. La tierra es un valle de lágrimas en que se gime y llora

puesta la esperanza en la otra vida, porque allí los que padecieron hambre y sed de justicia serán hartos.

Suprimir el dolor vale tanto, para un católico, como renunciar á la felicidad futura.

Para el cristiano la acción es causa del pecado; el quietismo, la perfección.

San Simón Estilita, quieto en su columna, encerrado en su salvaje egoísmo, es el que mejor interpreta la doctrina evangélica.

El cristianismo es doctrina de muerte y negación.

«La mayor duración ó dificultad del trabajo, y la idea de que el jornal es corto, dan á veces pretexto á los obreros para declararse en huelga y entregarse de su voluntad al ocio; y á este mal frecuente y grave debe poner remedio la autoridad pública.»

¿Cómo?

«Aplicando, aunque con ciertos límites la fuerza y autoridad de las leyes.»

Es decir, concentrando la Guardia civil y fusilando al que para quejarse levante el grito.

La Iglesia no renuncia al cariñoso empleo de la estaca.

«La Naturaleza y no la ley humana, ha dado á los particulares el derecho de propiedad, que no puede abolirlo la autoridad pública.»

¿Puede llamarse socialista quien así piensa?

¿Es posible el socialismo conservando la propiedad privada?

¿Cuáles son los remedios que propone la Iglesia?

«Que todos pongan la mira en restaurar las costumbres cristianas; sin las cuales los demás medios valdrán muy poco para alcanzar el bien.»

«Que la salud que se desea ha de esperarse de una gran efusión de caridad compendio de la ley evangélica.»

¿Ni un punto de vista nuevo, ni una solución concreta!

¿La limosna que humilla: ese es el único remedio que la Iglesia ofrece para dar solución al problema social!

Cuando los irlandeses morían á millares de hambre ¿qué les dió el papa?

Cuando la miseria despobló á Sicilia, hace unos años ¿qué limosnas dió el Papa á los sicilianos?

Ni siquiera predicar con el ejemplo.

¿El socialismo católico! Palabrería insustancial, retórica huera.

Un socialista radical.

Los que quieran saber lo que es el socialismo auténtico, que exijan la marca de fábrica: *república é irreligión*.

Hay viles falsificadores.

RICARDO FUENTE.

DECADENCIA CRÍTICA.

DESDE la clásica «dramaturgia» de Lessing, «Los Lunes» no menos hermosos de Saint-Beuve y la obra admirable de Larra, no ha habido crítico que señalara el rumbo á una época ni haya alcanzado merecida autoridad. Parece que estos gigantes de la crítica han agotado la savia crítica de nuestro siglo condenando á la medianía á los epígonos, entre los cuales ocupan el primer lugar en Europa, Pablo Lindau en Alemania, Dobroliubow y Belinsky en Rusia, Emilio Zola, Jules Lemaitre, Sarcey y Paul Bourget en Francia, y Leopoldo Alas en España.

Lessing es el carácter de bronce, el crítico universal que desde su revista *Hojas dramáticas de Hamburgo*, editadas después en forma de libro, representan una admirable «dramaturgia», ó sea teoría del arte escénico, fundaba la crítica literaria como ciencia estética, y con su profundo estudio sobre Laocoon indicaba los derroteros á los sistemas estéticos de Kant, Hegel y Fichte. Al mismo tiempo combatía, como filósofo-librepensador, la gatzmoñería de su época, haciendo famoso al párroco protestante Klootz, por la sátira y burla con que abrumaba al precursor de Canga-Argüelles y sus grotescos «compadres de familia.»

¿Qué tesoro tan inmenso es para una nación un maestro de esta clase! No hay alemán ilustrado que en su juventud no forme su inteligencia leyendo los cuatro gruesos tomos de las obras de Lessing. Hoy, ciento y pico años después de su muerte, vive aún, y su espíritu viril inspira á la literatura de su patria. Los literatos del día le tienen por modelo de polemista, y no pueden rebajar el sacerdocio de la crítica al repugnante *chantage* ó despreciable compadrazgo. Lessing comprendía la inmensa responsabilidad de la crítica, que puede envilecer ó enaltecer la literatura y el alma de un pueblo. La crítica era para él un sacerdocio y lo ejercía con la abnegación del héroe dispuesto á todos

los sacrificios, como el gran carácter Fichte, que desde su aula tronaba contra la invasión de Napoleón I, cuyos ejércitos desfilaban delante de las ventanas de la Universidad de Berlín.

Aquel espíritu viril del incomparable maestro de la crítica ha hecho grande la nación alemana. Lo que hace falta á España para ennoblecer su literatura es un carácter como Lessing, que ni se dejara influir por las picaduras del amor propio herido, ni mucho menos por el misticismo, que todo lo invade en este país, cuna del jesuitismo y escenario de la guerra religiosa ocho veces secular. El puesto está aún vacante; que venga el crítico que reuna aquella erudición, originalidad de pensamiento, virilidad de expresión y carácter, y que tenga los horizontes inmensos intelectuales, pero — y esta es la condición *sine qua non* de todo hombre grande — que no se deje guiar por rencores y rivalidades nimios, sino que sepa admirar el talento en el adversario y enemigo. Sin duda estas calidades de carácter, inteligencia y moralidad elevada, sólo se adquieren en los grandes combates por grandes ideales, y nunca pueden desarrollarse donde la crítica es un juego de compadres, y donde las luchas entre sabios, pensadores y políticos, sólo son torneos cuyo fin es deslumbrar á los espectadores, obtener aplausos de las damas y llamarse mutuamente «sublime, fenomenal, piramidal.» Donde todo es valor entendido, falta de sinceridad y honradez verdadera, no pueden surgir grandes críticos: un Gulliver luchando contra liliputienses, sería una figura ridícula.

La culpa de nuestra decadencia crítica la tiene el ambiente mezquino, la atmósfera de pequeñeces que respiramos. Alemania misma no ha podido producir más que un Paul Lindau, una especie de Luis Bonafoux en edición alemana, ó sea más erudito y profundo, menos feminamente histérico y ligero en sus juicios y dotado de una conciencia literaria que le prohíbe hacerse el paladín de intrusos en la república de las letras. Paul Lindau ha ejercido una dictadura crítica como en España Revilla y Clarín, y la ha perdido por idénticas razones: su nervosidad — es, como Lessing era, de raza judía — le arrastraba á polémicas violentas puramente personales, que le hicieron perder la serenidad y elevación de miras. Su *Gegenwart*, semanario de grandes vuelos, perdió la autoridad cuando el público vió que Lindau combatía por el banderín de sus amigos personales.

Para España hace falta más bien el género de crítica de Saint-Beuve y de los rusos Belinsky y Dobroliubow, y que cultivaba en Francia Paul Bourget: una crítica pausada, sin nervosidades de polemista, una exposición cariñosa de las intenciones del autor, del alcance de sus ideas y del análisis de sus afirmaciones en psicología, filosofía y hasta en política, y aspiraciones sociales. Los rusos citados educaban por sus estudios de esta índole al público de su país, en general tan poco ilustrado como el español. Si Saint-Beuve, en sus magistrales «Lunes», se limitaba á penetrar en los problemas psicológicos y estéticos, era porque el público francés es literariamente el más culto del mundo, y el crítico se concretaba á juzgar sólo las obras francesas. En España, que vive literariamente como Rusia, de la importación de obras extranjeras, es preciso comparar la producción nacional con la de los grandes maestros de fuera, para que los lectores tengan una medida justa al apreciar los autores patrios.

¿Qué quedaría de nuestros «grandes maestros» contemporáneos si se les comparase con los de Francia, Alemania y hasta Rusia? Abstracción hecha de teatro, que España sigue á la altura de las demás naciones, continuando la obra de Calderón y Lope de Vega, estamos en una indiscutible inferioridad. En la poesía creo superiores á nuestros Núñez de Arce y Campoamor á los alemanes Geibel, Freiligrath y Hermerling, y en Francia, Musset, Baudelaire y Hugo. En la vulgarización científica á la manera de Rouseau y Voltaire, sólo tenemos dos colosos, Castelar y Pí y Margall, literatos artistas de grandes vuelos, mientras que Francia y Alemania los cuenta por docenas; como, por ejemplo, el admirable historiador filósofo de la Universidad de Munich, Carrière, cuyas obras son modelos de exposición artística, y se levantan á veces á la altura de una filosofía elevada y original; el conocedor de Italia, Gregorius; el célebre Gervinus, cuyas consideraciones sobre la Europa contemporánea contienen síntesis tan brillantes como las de Castelar y tan exactas como las del autor luminoso de las *Luchas de nuestros días*.

Puede florecer este género literario donde millares de personas cultas quieren ponerse en contacto continuo con los problemas que conmueven al mundo científico. En Francia lo cultivan casi todos los sabios: el inimitable Hipólito Taine ha descendido de la altura olímpica de su inmortal *Historia de la Revolución Francesa* para escribir su *Viaje á Italia*, una obra de poeta inspiradísimo, iluminada por conceptos profundos de estética, filosofía é historia, como el hermosísimo libro de Castelar sobre el país de Dante y Miguel Angel. Si Castelar y Pí y Margall no hubieran obtenido la popularidad como jefes políticos, segura-

mente no se hubieran leído en España sus hermosos libros de este género, porque suponen en los lectores conocimientos é intereses científicos reñidos con el actual ambiente, que huele á polvo de corridas de toros é incienso de iglesias.

Mediadora incomparable entre el vulgo y el Olimpo intelectual, es la novela, la gran vulgarizadora de toda clase de conocimientos é ideas, la palanca propagadora de los ideales progresivos de que Goethe se servía para exponer sus atrevidos conceptos sobre la vida, el arte y los hombres, y Víctor Hugo para propagar sentimientos sublimes envueltos en brillantes concepciones artísticas cautivando la fantasía para llevar el alma á las alturas de eterna belleza y virtud.

En lugar de comparar las creaciones de nuestros Pereda, Pérez Galdós, Palacio Valdés, Picón, Valera, Pardo Bazán, Munilla y Oller con aquellas obras maestras para explicar el por qué de su pobreza de espíritu, se complace nuestra crítica en grotescos elogios, ditirambos trasnochados de compadrazgo acéfalo, limitándose á discutir nimiedades y puntos olvidados. Nadie negará que los citados son artistas dotados de un finísimo sentido poético, que perciben las formas y los colores como cualquier Alejandro Manzoni, describen con maravillosa plasticidad los detalles y penetran con la intuición artística del latino en la poesía de la realidad más insignificante, viendo bellezas hasta en el montón de basura. Pero compárese por ejemplo *El Enemigo*, de Picón, con la epopeya anticlerical de Eugenio Sué, ó la *Desheredada*, de Galdós con los *Misterios de París*; la joven ilusa que de aspirante á marquesa cae en todas las escalas de la prostitución y que más bien es digna protagonista de una novela vulgar por entregas que de la obra principal del primer novelista del país. Y nada diré de los *Episodios Nacionales* que adulan las pasiones «patriotas» y convierten en anécdotas entremezcladas de tragedias populares una grandiosa epopeya digna de la pluma de un Dante ó del pincel de Miguel Angel. Me recuerdan el proceder de un orador chavacano que para arrancar aplausos del auditorio irritado contra los oradores que no habian sabido satisfacer sus ansias revolucionarias, dijo que la República estaba en el séptimo mes de su embarazo. El orador obtuvo un aplauso atronador á costa de la seriedad del médico y del político. La misma época de lucha contra Napoleón I ha tratado León Tolstoy en su grandiosa novela *Paz y Guerra*, pero ¡cuán diferentemente! El patriota no se convierte en patriotero y cuidado que el incendio voluntario de Moscou para que el enemigo no encuentre albergue, es comparable en su salvaje sublimidad únicamente con la defensa de Numancia contra los romanos. ¿Se atrevería Galdós á decir á sus compatriotas las crudas verdades que Zola dijo á los suyos en la terrible novela *Débauché*?

No es que las novelas deban ser tratados de ciencia como las del inmortal autor de GERMINAL. Tienen gran encanto las del colorista Antonio Alarcón, del cual he traducido al alemán el preciosísimo *Final de Norma* y *Capitán Veneno*; y nadie dejará de admirar la plácida sencillez de *Pepita Jimenez* y el *Sabor de la tierra* de los cuadros provinciales de Pereda, y la lindísima novelita *El gusano de luz*, de Salvador Rueda. *El cisne de Villamorta* y los *Pazos de Ulloa*, son hermosísimos paisajes dignos del pincel de Claude Lorraine, cuyos cuadros respiran la misma atmósfera poética de flores que cubren ruinas y tumbas iluminadas por los últimos rayos del sol que se reflejan en las nubes doradas ó cubiertas de un purpúreo velo del crepúsculo, cuadros bellísimos que poseen lo que los alemanes llaman *Stimmung*. ¡Pero cuán pequeños son estos mismos autores cuando exponen ideas, cuando quieren interpretar los latidos de su época! Son ciegos para todo lo grande, su vista miope sólo percibe el pasado, y en el pasado aplauden únicamente los colores negros.

Culpa de la crítica es que obras de nobles bríos progresivos, escritas por jóvenes de talento, hayan quedado obscurecidas y sus autores asesinados literariamente por el silencio, mientras que libelos indignos como *Pedro Sánchez*, que respiran odio á muerte al progreso, se celebran como actos meritorios. ¡Qué contraste con las novelas políticas del extranjero! Carlos Gutzkow escribió su voluminosa novela *Caballeros de la Inteliencia*; Enrique Laube, los nueve tomos del cuadro contemporáneo *La joven Alemania*, y Federico Spielhagen, sus *Caracteres problemáticos* y *De las tinieblas á la luz*, y en todas estas obras se presentan tipos de la realidad, campeones por el progreso y la libertad, y los autores les engrandecen por su entusiasmo, dándoles la talla de héroes que pueden ser comprendidos é imitados por los contemporáneos. Los rusos Dostoyewsky, Pisemsky y Turgueniew, representan á los hombres del día bajo los reflejos crudos de la realidad, pero siempre se asiste á la lucha y victoria de la idea sobre los instintos brutales; hasta el estudiante que en *Crimen y castigo* asesina á una vieja prestamista, resulta interesante y humanamente grande. Sólo en España puede permitirse un novelista, de la significación de Pereda, insultar al progreso y á la política progresiva en el despreciable gobernador

de provincia Pedro Sánchez, como si este fuera el tipo característico de la vida política contemporánea de un país, donde cada palmo de tierra está regado con la sangre de los mártires de la libertad.

A. DE SANTA CLARA.

CRONIQUELLA.

¡Á LOS TOROS!



¡Mis amigos políticos y particulares, mis constantes y consecuentes lectores, saben lo que opino de las corridas de toros y el juicio que la fiesta nacional me merece. No necesito, pues, publicar un folleto explicando mis ideas, ni siquiera exponerlas desde la cátedra del Ateneo donde tantas calumnias literarias se han levantado á respetables muertos durante el pasado curso.

Si se me pidiera una «fórmula», como antiguamente se le pedía al Sr. Sagasta, mi fórmula sería de protesta.

No soy partidario de las corridas de toros. Pero...

A nadie extrañaré que yo también tenga un *pero*... Ningún momento tan oportuno como éste para agarrarse á esa palabra que tanto significa y representa.

¿Qué es el Sr. Silvela? Un *pero*... aplicado con oportunidad. ¿Qué es el Sr. Canalejas? Un *pero*... inoportuno... Etcétera, etcétera.

Pues bien: no soy partidario de las corridas, pero me gustan.

Hay en ese espectáculo una cosa admirable: la libertad casi salvaje para faltar á la *autoridad competente*.

¡Cualquiera se atreve á meterse con un concejal en la calle! ¡Cualquiera osa escribir un artículo donde se aluda á un chanchullo municipal! Los tribunales, con un celo de que anda muy necesitada la verdadera justicia, darán inmediatamente cuenta del *ofensor*, el cual irá á ocupar en la cárcel la celda que debería ocupar el *ofendido*.

En cambio, en las corridas de toros, todo especta-

dor tiene el derecho, y aun el deber, de llamar pillo, bruto, canalla, ó lo que se le antoje, al concejal que preside. Para estos efectos de justicia popular, sería muy conveniente que turnaran con los concejales, en esa presidencia, algunos altos funcionarios y tal cual ministro.

—Pero ¿es justo que se llame ladrón á un concejal por no haber hecho á tiempo la señal de banderillas?— replicará alguno de esos cándidos que no profundizan las cuestiones.

—Claro está — contestaré yo — que no es ladrón un concejal por ignorar el arte de Pepe-Hillo, pero sí lo es por quedarse con el dinero del pueblo; de modo que al adjetivo, siendo justo y merecido, sólo le falta un poco de oportunidad; total, nada.

No es menos admirable el gran espíritu revolucionario que anima á los aficionados taurinos. Ahí está un caso reciente que lo demuestra. Por haber mandado terminar la suerte de varas antes de tiempo, se promovió un fenomenal escándalo en la plaza de Barcelona hace pocos días. El público tiró al redondel bancos, maderos, botellas, cuanto encontró á mano; sin olvidarse de dar gritos, silbidos, patadas... ¡el delirio!

Lo mismo son capaces de hacer en todas las plazas de España, por idénticos motivos, y es digno de notarse que mientras nadie se atreve á protestar de los impuestos, contribuciones, leyes injustas, vejaciones, atropellos y demás *gabelas* que son la salsa de los Gobiernos monárquicos, todo el mundo está dispuesto á armar la gorda si le merman una vara ó le quitan los rehiletes necesarios...

¿Comprenden ustedes ahora que yo encuentre agradables las corridas y grite ¡á los toros! con el mismo entusiasmo que los inteligentes aficionados?

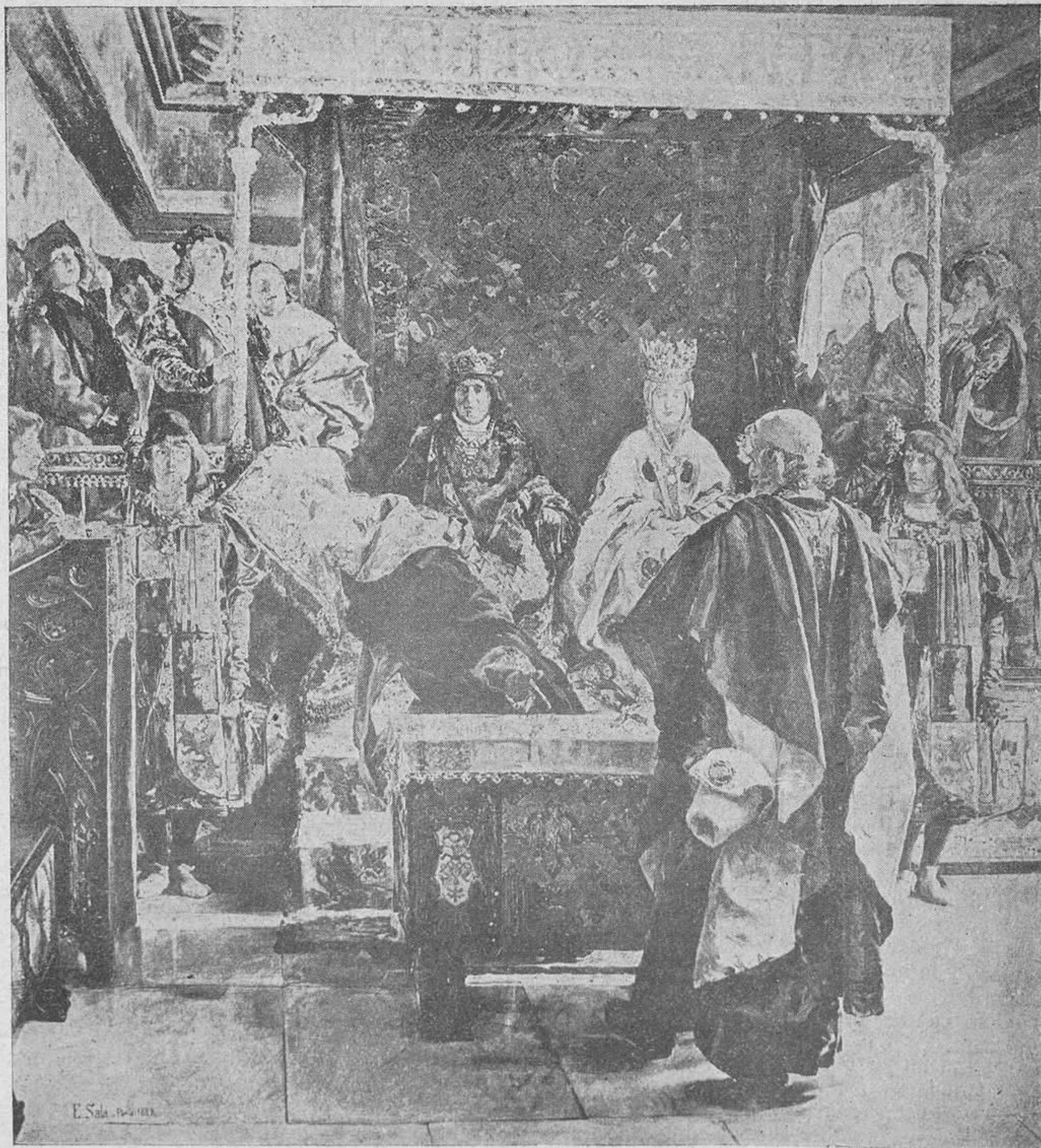
Precisamente la ocasión no puede ser más oportuna para excitar el patriotismo, invitando á la imitación de ciertos ejemplos...

Ciudadanos: ¡ha llegado el momento!

El presidente saca el pañuelo. ¡Nos van á poner las banderillas!...

¡Protestemos con gritos y silbidos, sin olvidarnos de tirar al ruedo bancos, maderos, botellas y todo cuanto encontremos á manol

GIL PARRADO.



SALA.—LA EXPULSIÓN DE LOS JUDÍOS.

TRES SONETOS.

DEUDA FLOTANTE.

Sé que las cuentas de mi amor reparas
y afirmas que me debes atenciones,
que hice tanto por ti, que tus traiciones
que debí castigar, pagué muy caras.

No te ofusques, mujer, ¡las cosas claras:
ni yo de tu lealtad me hice ilusiones,
ni me arruiné por ti; nuestras pasiones
sólo para el placer fueron avaras!

Si estudias y meditas y concretas
lo que por tu impudencia has recibido
verás que te pagué mezquinamente.

¡Nuestras horas de amor á diez pesetas
importan un millón, que no he tenido
ni ya podré adquirir probablemente!

Á REY MUERTO...

¿Que te vas de mi lado, vida mía?
Lo siento y me resigno. ¡Dios lo quiere!
El amor es eterno, pero muere
lo personal en él cuando varía.

Con la ardiente pasión que te quería
querré á otra luego, como tú al que fuere.
¡Perdona, pues, que no se desespere
quien mira cerca el venturoso día!

Vé tranquila y adiós, ídolo mío,
marcha cara al placer y sonriendo;
pronto serás dichosa nuevamente:

¡Que cuando queda el corazón vacío,
el huésped de otro amor llega corriendo
y así otra vez... y sucesivamente!

PASA Y VUELVE.

Cuando miré iniciarse tu desvío,
sentí penas tan hondas, tan extrañas,
como si me arrancasen las entrañas
donde tu amor guardaba con el mío.

Hoy que, creyente, en tu lealtad confío,
que sé que no me quieres ni me engañas,
depongo mis dolores y mis sañas
y vuelvo á ti como á su cauce el río.

Vuelvo á ti, porque tú me has enseñado
el dolor y el placer; porque tú eres
por quien más he sufrido y he gozado.

¿Que estoy lejos de ti? ¿Que no me quieres?
¡Y qué importa, si lejos de tu lado
yo te amo en el amor á otras mujeres!

J. JURADO DE LA PARRA.

LA LIBERTAD DE LA MUJER.

«¡Honrad á las mujeres! Ellas
siembran de rosas el camino de
nuestra vida, forman los lazos
afortunados del amor, y bajo el
púdico velo de sus gracias, riegan
con mano sagrada la flor
inmortal de los nobles senti-
mientos.

SCHILLER.»

No por el amor, no porque siembre de rosas
el camino de nuestra vida, como dice Schil-
ler, sino por el derecho que tiene á gozar
de todas las ventajas y preeminencias que
el hombre goza en la vida, es por lo que el
socialismo reconoce á la bella mitad del género huma-
no esa igualdad entre ambos seres que proclama el
común sentido y la más elemental noción de justicia,
tanto en el orden civil como en el social y político.

Por eso el socialismo siempre ha sido y es esencial-
mente feminista.

Por eso Platón en su *República* (libro 5.^o) sustenta
ya la igualdad absoluta de ambos sexos; Tomás Morus
en su *Utopía* mostrábase partidario de una mayor li-
bertad industrial para la mujer; Saint Simon y Fourier
defienden con valor la libertad de la mujer; Pierre
Leroux presenta á la Asamblea de 1851 una proposi-
ción pidiendo el ejercicio del sufragio en el orden ad-
ministrativo para el bello sexo; distintos congresos

socialistas, recientemente se han inclinado resuel-
tamente por tan noble causa; el *leader* del socialismo
alemán, Augusto Bebel, ha hecho un libro en que con
tantos bríos defiende los derechos de la mujer, y por
último, en el Congreso socialista de París se acaba de
declarar que forman las doctrinas feministas una par-
te importante de las reivindicaciones sociales.

Y se comprende que sea así.

La mujer es tan libre por Naturaleza como el hom-
bre; como él, tiene idénticas facultades, tanto físicas
que intelectuales y morales, y como él debe gozar de
todas las ventajas sociales que el desarrollo de aque-
llas proporciona.

El ilustre é inolvidable Letamendi, en un interesan-
te artículo titulado *La Mujer*, y que publicó *La Ilus-
tración Artística* de Barcelona en Abril de 1882, decía
lo siguiente:

«Si el varón posee gran fuerza muscular, posee la
mujer gran fuerza sensitiva. Sin fijarnos más que en
el frío y en el dolor, vemos á la mujer tan potente como
al varón en el orden sensitivo. Ella desafía toda in-
clemencia atmosférica con una tercera, ó cuarta, ó
quinta parte de abrigo que el varón necesita; ella so-
porta impunemente, aún en sus funciones normales,
los dolores más acerbos y los olvida luego y vuelve á
desafiarlos, y torna después á resistirlos... Pudiera de-
cirse que el varón es de hierro y la mujer de acero, y
que lo que aquél puede como arma arrojadiza, puédelo
ésta como fuerza de resorte. Así la mujer, en medio
de su servidumbre histórica, siempre ha sido la que
ha lanzado á su tirano á los mayores extremos, tanto
en lo criminal como en lo heroico.»

«Terrible parece, en contra del sexo femenino, el
hecho anatómico experimental de que los sesos de la
mujer pesan menos que los de su compañero. Aquí
me será lícito que salga á un tiempo por los fueros de
la mujer y de la Ciencia. Cosas como el cerebro no se
pesan solamente con balanzas de mercader, sino con
otras más complicadas y precisas: con las balanzas del
buen discernimiento. Siendo el total del cuerpo de la
mujer (sano, sin obesidades normales), de menos talla
y peso que el del varón, es forzoso que el encéfalo de
ella sea proporcionalmente menor que el de él, á fin
de que la importancia orgánica y psicológica de ese
centro nervioso sea equivalente en ambos sexos: de
lo contrario, si la mujer, siendo de menor talla, tuvie-
se igual cantidad de encéfalo que el varón, sería, *ipso
facto*, superior á éste. Después de todo, dicha diferen-
cia es de 50 á 100 gr. en un peso total promedio
de 1.300. En cambio hay que advertir que, en el orden
relativo, el cerebro del varón, pesa un poco más que
su cerebelo, mientras que en la mujer pesa el cerebelo
un poco más que el cerebro, ofreciendo en ambos
sexos sinuosidades enteramente iguales en su des-
envolvimiento. De todo lo cual se deduce en rigor (y
sin necesidad de entrar en mayores honduras) que el
valor absoluto psicofísico (no el peso de carnívero),
del encéfalo es igual en varones y mujeres, y que la
diferencia de quilates relativos entre el cerebro y el
cerebelo, explica la diversidad de manifestaciones en
medio de la equivalencia de energía de ambos sexos.
Tal es el resultado con que la balanza de la razón
destruye todas las aseveraciones que pudieran fun-
darse, en la sola consideración del peso por kilogramos
del órgano inmediato de la inteligencia.»

Echada abajo por los hermosos y profundos párra-
fos del inolvidable Letamendi, esa gran vulgaridad de
que el cerebro de la mujer pesa menos que el del
hombre, y que por lo tanto su inferioridad fisiológica
por tal hecho es manifiesta, hay que proclamar con la
ciencia en la mano, que ambos sexos son perfecta-
mente idénticos para el disfrute de esos derechos na-
turales que uno y otro necesitan, para vivir la vida de
relación en las sociedades.

Y tanto es así, tan lógico y tan racional es este prin-
cipio que desde los más lejanos tiempos, vemos al
hombre pensador y filósofo tronando contra esa des-
igualdad irritante que coloca á su compañera casi al
nivel de la bestia y que surge de todos esos libros
embusteros el *Libro de los Muertos*, el *Tratado moral
de Kaquimna*, las *Instrucciones de Ptath-Hotpuh*, el
Libro de las Vedas, el *Código de Manú*, la *Biblia* y el
Corán.

Esta, y no otra, es la razón que Próxagoras y Aris-
tófanes entre los griegos sean partidarios de la eman-
cipación de la mujer; que Sakiamuni ó Budha entre los
indos dignifique algo á la mujer, tratada sólo como
hembra en aquel pueblo tan cruelmente diferenciador
y en el que la esclavitud era la más preciada y valiosa
de las instituciones sociales, y finalmente la causa de
que el hebreo Jesús de Nazareht, levante á la compa-
ñera del hombre al nivel de éste, presentándose hace
1900 años, como el precursor del feminismo moderno.

Posteriormente y en Francia, María Lejars de Ger-
minay escribió durante el siglo xv un libro sobre la
Igualdad de los hombres y de las mujeres; un autor
anónimo en 1719, *La educación de las mujeres*; Thomás
en 1750 su *Ensayo sobre la mujer*; Doyen en 1766, *El
Triunfo de la mujer*, y más tarde Sieyes, Condorcet,
Marechal, Desmoulins, Rosa Lacombe, Olimpia de
Gouges y otros, hicieron en la memorable Revolución

francesa loables esfuerzos en pro de las doctrinas
igualitarias entre ambos sexos.

En nuestro siglo y en la República vecina, el femi-
nismo ha tenido un gran desarrollo, sobre todo á par-
tir de 1848, en que la ilustre María Deraismes, Huber-
tina Auclert, fundadora del periódico *La Citoyenne* y
Eugenia Potonié-Pierre, hacen una enérgica y decidida
campana por la conquista de los derechos de la mujer,
campana á la que prestan decidido concurso Víctor
Hugo, Julio Simón y León Richert.

En Francia hoy existe un grupo parlamentario femi-
nista y en París las siguientes sociedades feministas:
La Solidaridad, presidida por Mme. Potonié-Pierre
(radical); La Liga francesa para el derecho de las
mujeres, que preside Mme. Pognon (moderada); La
Igualdad, que preside Mme. Vincent (moderada); La
Sociedad para el mejoramiento de la suerte de las
mujeres y reivindicación de sus derechos, presidida por
Mme. Teresa Deraismes (moderada); L'avant Courrière
de Mme. la Duquesa de Uzés (conservadora); La Unión
Universal de las mujeres, que preside Mme. Chéliga
(propaganda federalista); El Sindicato de las lavande-
ras y enfermeras, de Mme. Coutant (radical socialista).

El feminismo francés cuenta con los siguientes pe-
riódicos: *Le Journal des femmes*, de Mme. Marie Mar-
tin; *La Revue féministe*, de Mme. Clotilde Dissard;
La Revue des femmes russes, de Mme. Olga de Bezob-
razon; *La Revue des femmes chrétiennes*, de Mlle. Man-
gerai, y *La femme*, órgano de las mujeres protestan-
tes, dirigido por Mlle. Sara Monod.

En Inglaterra las mujeres desempeñaban antigua-
mente las funciones de Sheriff. Shakespeare también
es feminista, puesto que la catástrofe en muchos de
sus dramas la causa invariablemente la locura ó la
falta de un hombre y la redención, cuando la hay, es
obra de la prudencia y de la virtud femeninas.

Defoe, en 1697, conceptuaba bárbara la costumbre
del sexo masculino, consistente en negar á las muje-
res el beneficio de una instrucción adecuada.

Mary Astell, en 1731, escribió el libro *Proposición
formal dedicada á las damas para el mejoramiento de
sus verdaderos y más grandes intereses*.

Mary Wollestonecraft, en 1791, escribió su libro
Reivindicación de los derechos de la mujer.

El día 3 de Agosto de 1832, y bajo la forma de peti-
ción, presentóse en la Cámara de los Comunes, por
una dama de alto rango, Mary Smith de Sthanmore,
una solicitud de derechos políticos para la mujer.

Ricardo Cobden y Stuart Mill, este último en su
Esclavitud femenina, libro traducido al español por
la señora Pardo Bazán, se muestran asimismo ardoro-
sos partidarios de las doctrinas feministas.

En la actualidad las mujeres que dirigen el femi-
nismo inglés son dos aristócratas muy ilustradas: lady
Henry Sommerset y lady Aberdeen.

Finalmente, el 4 de Febrero último, la Cámara de
los Comunes aprobó, por 228 votos contra 157, la se-
gunda lectura del proyecto de ley de Mr. Begg, según
el cual se reconoce á toda mujer que posea un in-
mueble el derecho electoral. Carlos Dilke presentó un
bill quitando toda limitación al voto femenino. Este
cuenta ya con las simpatías del partido conservador
inglés.

En Alemania los propagandistas del feminismo son
Bebel y las Sras. Otto Peters, Goldmidt, Cauet, Mor-
genstern, Braun y Zetkin, y las Stas. Augspure y Sch-
midt.

En Norte América, donde el feminismo ha alcan-
zado grandes proporciones, comenzó en 1820 con la
campana de Miss Francis Wright y de Miss Ernestina
Rose, y en 1840 con un libro de Miss Margarita Fuller,
Las mujeres en el siglo XIX.

En los Estados Unidos hay más de 300 asociaciones
propagandistas de los derechos de la mujer, cuyo fin
es velar por sus derechos, hacer pagar los salarios in-
justamente retenidos á las obreras y á las domésticas,
impedir los préstamos usurarios y la violación de los
contratos, encontrar asilos para los niños y procurar
el divorcio á las mujeres maltratadas por sus espo-
sos, etc., etc.

En Australia la mujer ha conquistado para sí el su-
fragio político.

En la cuestión religiosa la mujer australiana se ha
inclinado por la libertad en el *referendum* de 1896,
sobre la cuestión de la instrucción religiosa en las es-
cuelas primarias, haciendo que continúe el sistema
laico, prohibiendo la enseñanza religiosa y negándose
á que el Estado subvencionase las escuelas no laicas.

En Armenia, en Finlandia, en Rumania y en muchos
otros países, el feminismo prospera en gran escala.

En España, la aspiración de la igualdad de derechos
entre la mujer y el hombre, que encontró en lo antiguo
un campeón tan entusiasta como la ilustre literata
Doña María Zayas, cuenta en nuestros días con defen-
sores como D. Fernando de Castro, D. Manuel Ruiz
de Quevedo, Doña Concepción Arenal, Doña Emilia
Pardo Bazán, Sofía Tartilán, Rosario de Acuña, Ange-
les López de Ayala, Soledad Gustavo y otras esclare-
cidas mujeres.

En la actualidad manifiestan ó han manifestado sus
simpatías por el feminismo, novelistas como Rosny.

Rods y Jokai; críticos como Jorge Brande; dramaturgos como Ibsen y Hervieu; poetas como Armando Silvestre, Bois y Rodenbach; periodistas como Montorgueil y el turco Riza Bey; escritores como Lawroff, Renard, Magalhaes Lima, Lacour, Descaves, Aicard; sociólogos como Novicow; pedagogos como Stanton; científicos como el Dr. Manouvrier, y hasta sacerdotes como el abate Charbonnel.

Por último, como consecuencia de toda esta agitación en pro del feminismo, se ha conseguido que el sufragio en lo administrativo esté establecido ya en Inglaterra, Escocia, Canadá, Australia, en la colonia del Cabo, Austria, Hungría, Suecia, Islandia, Finlandia, en Rusia por mandatario, en Prusia, Sajonia y Brunswick, donde las mujeres poseen en cierta medida el sufragio administrativo, y en Kansas y Wyoming, Estados de la Unión norte-americana.

En el orden político, votan hoy las mujeres: en el Ecuador desde el año 61; en Wyoming (69); en la isla de Man (81); en Nueva Zelanda (93); en Colorado (93); en Austria (73); en Utah (95).

Según la ley Kingston de Diciembre de 1894, se ha concedido el voto político a la mujer en Australia.

En lo concerniente a la reforma de la condición civil, social y política de la mujer, hé aquí el programa más aceptable en mi concepto, del feminismo:

1.º Borrar de la ley las palabras «la mujer debe obediencia al marido,» sin destruir por eso el principio de que el marido es el jefe de la familia, al menos mientras cumpla con sus deberes, y reconocer la plena capacidad civil de la mujer casada, derogando las disposiciones referentes a la licencia marital y demás instituciones que coartan la libertad de la mujer.

2.º Igualdad civil y penal entre ambos sexos para reprimir el adulterio y regular la fidelidad conyugal.

3.º Que se sustituya la expresión patria potestad por otra que exprese el poder de los padres, puesto que la potestad en la familia debe ser legalmente un poder de ambos esposos, y cuando la potestad familiar pase a la madre, viuda, separada, etc., pase íntegra, tal como el padre la ejerce, en su caso.

4.º Separación de bienes ó mutua independencia entre los cónyuges, debiendo dejarse la más absoluta libertad en las capitulaciones matrimoniales.

5.º Garantizar a la mujer la libre disposición de los productos de su trabajo.

6.º Que el testimonio de la mujer tenga en el derecho instrumental, el mismo valor que el del hombre.

7.º El divorcio hasta para la incompatibilidad de caracteres.

8.º Admisión de las mujeres a toda clase de estudios y al cuerpo docente.

9.º Todas las funciones públicas deben ser accesibles a todos sin otra condición que la del mérito personal, la moralidad y la capacidad necesaria.

Y 10.º La mujer debe gozar del sufragio, tanto administrativa como políticamente.

Con este programa de reformas hemos de adelantar mucho en lo relativo a la emancipación de la mujer, cosa tan exigida en la civilización moderna, porque sin que la mujer sea libre, no habremos hecho nada en pro de la santa causa de la libertad humana.

RAFAEL DELORME.

EL CASTILLO DE POLENTA

(DE STECCHETTI).

L'aguila di Polenta...
DANTE.—Inf. XXVII.

Caminante que vas apresurado
por desierta llanura,
alza la frente y mira aquella roca
que se eleva en la altura.
Allí, en su cima, negreaba un día
el feudal castillo;
y el Señor, castigaba a sus villanos
con la horca y el cuchillo.
La sangre que vertió pidió venganza
y al fin la otorgó el cielo.
El castillo cayó. ¡La Santa Iglesia
surgió sobre aquel suelo!
Mas ¡ay! que el suelo aquel está maldito;
las huellas del pecado
se miran por las casas de la aldea,
como en tiempo pasado.
Ya el Barón criminal, sangre no vierte
por valles y colinas;
pero el cura sensual, diezma a sus anchas
las pobres campesinas!

J. J. DE LA P.

EL PROBLEMA SOCIAL Y LA CUESTIÓN OBRERA.



Los corrientes luchan en el socialismo contemporáneo en España y en todas partes por la hegemonía: los que como mi querido amigo Rafael Delorme, vienen del campo socialista «obrero» con su sectarismo de odio de clase, y nosotros que queremos continuar conscientemente la obra de la democracia republicana transformándola en socialista. Para los primeros son las huelgas acontecimientos trascendentales; para nosotros sólo son gritos de desesperación que nada resuelven ni para nada sirven, salvo para demostrar al obrero su debilidad ante las brutalidades del capital. Ellos organizan masas obreras; nosotros nos dirigimos a los espíritus cuyo talento impulsa a las sociedades.

Las masas populares murieron de hambre hace cien años en Francia con la misma resignación como hoy en España; la miseria hace vil y cobarde; y si estalla por fin en arrebatos violentos, es el delirio del tigre embriagado por la sangre. Las revoluciones grandes se hacen cuando de entre las mismas clases directoras surgen los Mirabeau, Danton, Robespierre y Desmoulin, que arrastran tras sí una nación entera. Carlos Marx y sus adeptos creen en las masas anónimas, el talento les estorba porque va aparejado con la noble ambición; los socialistas positivistas tenemos fe en los grandes hombres que encierran en sí la historia de la humanidad.

No quita el mérito de que estos héroes parezcan más grandes de lo que realmente son. Así que, no lo negará Delorme; mucho de la teoría de Marx lo debe el sabio alemán a sus antecesores y en particular al inglés Robert Owen. Delorme en España, de la misma manera que Benoit Malon en Francia, el autor del «Socialismo Integral», ha llevado el marxismo hasta las fronteras del positivismo, mezclando a la pesada cerveza germánica alguna gota del ideal «acrático» quitándole así el espíritu autoritario y utópico, y no cabe dudar que por este camino llegaremos en España antes tal vez que en otras partes, a una compenetración ó síntesis de las corrientes marxista, anarquista y positivista, sobre la base de un programa de acción que todos pudieran aceptar; aunque para los marxistas y anarquistas sólo sería una parte de sus reivindicaciones lo que para los positivistas nos significará el *máximum* de nuestras esperanzas (1). Por fortuna España no ha tenido una *Commune* cuyos torrentes de sangre separen la antigua democracia del socialismo; ni existen aquí los odios de clase de Alemania, aunque las quieran suscitar algunos torpes y míopes que han sabido hacer de la «lucha de clases» su *modus vivendi*. Aquí podremos llegar más pronto y mejor que en ningún otro país a la deseada reorganización social. Los odios provocados por los torpes y bárbaros procedimientos contra los anarquistas, tampoco se dirigen contra clases determinadas, sino contra los hombres de la monarquía, que son los enemigos de todos nosotros.

La reacción está, sin embargo, grandemente interesada en que el movimiento social quede empujado en una mera «cuestión obrera», en un motín de

(1) Una concentración parecida de elementos avanzados recomienda *La República* de Mérida en un concienzudo y extenso estudio respecto a la «Unión Republicana», diciendo: «Participando de la índole de los federales por una parte, y de los demócratas revolucionarios por otra, pero llevando sus ideales más lejos que aquéllos y que éstos (los progresistas), aparece hoy una nueva fuerza en el campo republicano, que puede apellidarse de los *republicanos socialistas*. Componen esta nueva fracción republicanos jóvenes de gran inteligencia, nervio y pureza, que han expuesto su programa en la revista *GERMINAL*, con aplauso público. El órgano de los republicanos socialistas, acogido con beneplácito general, se ha difundido en menos de un trimestre por España, haciendo suscripciones y prosélitos en todas partes. Este favor dispensado a la revista *GERMINAL* da testimonio evidente de las simpatías despertadas por las ideas que difunde y de la importancia y valer de los republicanos socialistas, fracción apenas nacida y ya vigorosa. La importancia extraordinaria de la Fusión Republicana no puede desconocerse por nadie que de imparcial se precie. En el movimiento de concentración, que de algún tiempo a esta parte se opera en el campo republicano, es el más trascendental y beneficioso que se ha realizado. No se han unido todos los republicanos, pero sí la mitad, que debe ser, andando el tiempo, el partido gubernamental y conservador de la futura República. ¿Qué nos resta que hacer? Primero, unir a las demás fracciones republicanas para que formen el partido radical y revolucionario de la misma; y segundo, constituir con ambos un partido mixto para barrer la monarquía.»

Muy acertada nos parece la idea de *La República*, siempre que progresistas y pactistas dejen sus jefaturas «hereditarias» y vitalicias. Sin embargo, tal vez más radical que Esquerdo y Pí y Margall, es Salmerón en cuestiones sociales; y por consiguiente, le correspondería a él ser el *leader* de la avanzada republicana socialista.

desheredados, de pobres contra ricos, para sofocarlo como fué sofocada la rebelión de Espartaco, crucificado con sus 6.000 compañeros-esclavos en el camino de Nápoles a Roma, la rebelión de los aldeanos en el siglo XVII en Alemania ó la *Commune* de París en 1871. Tal vez intente sofocar también en sangre proletaria el Imperio alemán el problema social; y no sería imposible que los Bismarcks de España favorezcan con la misma infernal intención ciertas tendencias socialistas, sin que los desgraciados instrumentos de este criminal maquiavelismo sospechen siquiera qué papel se les tiene reservado. No sería la primera vez que la reacción intente una «sangría» sugestionando teorías y actitudes determinadas a los elementos demagógicos que siempre los habrá en las democracias.

Desde luego han comprendido la situación las inteligencias directoras del movimiento social en España y ésta será tal vez llamada a ser el país precursor de la Revolución Social como Francia lo fué de la Revolución Política.

ERNESTO BARK.

SOLDADOS ENFERMOS.



El monstruo de la guerra abre de nuevo sus enormes fauces para devolvernos lo que le sobra: centenares de soldados enfermos que han conseguido de la muerte un breve y miserable compás de espera...

No sirven ya para la lucha; perdieron en ella las fuerzas, arrebatadas por el enemigo y por el clima, y hoy vuelven a la patria buscando la salud del cuerpo y la alegría del espíritu.

Mas ¡ay! Eso es una dulce ilusión que va debilitándose conforme se acercan a la soñada playa, completamente desvanecida al pisar la tierra donde dejaron todas sus afecciones.

La patria que los despidió con aplauso los recibe ahora con indiferencia, y, como la madre espartana, se preocupa más del éxito de la batalla que de la suerte de sus hijos...

Después de todo, ¿qué les importa a ellos? Saben que van a morir, porque llevan la muerte en el corazón, y saben que no llega a tiempo el aire puro de las montañas ni el cariño del hogar que les aguardó tantos días con lágrimas y suspiros. ¡Y aún se sentirán felices si pueden morir en los amantes brazos de los suyos!

De todas las impresiones de mi vida ninguna tan profunda como la recibida el domingo al visitar en Santander el *Colón*, hospital flotante ó más bien antecámara del cementerio que ha cruzado los mares con una carga de horrores y miserias... La vista de aquellos soldados enfermos, en cuyos rostros pálidos, desencajados, moribundos, veíase esa tristeza del vencido, hierática y augusta, me inspiró bien distintos sentimientos: piedad, odio, compasión, rabia, todo a un tiempo y todo fundido en una interrogación dirigida al cielo y a la tierra... ¿Por qué?...

¡Sí; ¿por qué pasa esto? ¿Dónde están las leyes de abajo, ó de arriba, como queráis, que lo autorizan y lo consienten?

Esos espectáculos tristísimos no son los horrores de la guerra, son los horrores de la vida.

¿Qué importa el escenario si el drama no varía? ¿Qué más da que otra lucha, si la víctima es la misma siempre? El vencido eterno es el pobre, el miserable, el que sin tener nada, ni valer nada, tiene fuerzas para todo y vale para lo que se quiere que valga. De él se saca un soldado para defender la nación, un voto para el cacique, un «¡viva!» para lo que el amo disponga, brazos para labrar la tierra ó para convertir sus productos en dinero, y a poco que se le obligue entregará generosamente su cuerpo a las balas, sus peñuecos a la anemia, sus hijas a la prostitución, sus ahorros al Erario público... ¿Cómo no se inventa un nombre para calificar esta virtud que a todas las compendia? Porque ese eterno héroe, obscuro y despreciado, muere en los campos de batalla defendiendo la integridad del territorio donde no tiene ni un miserable puñado de tierra, y da su voto a un señorito que no conoce, y vitorea cosas que no entiende, y trabaja en una industria que ha de enriquecer a otro... Y aunque nadie le dice una sola vez: «¡Tienes derecho a... esto!», todo el mundo le grita a cada paso: «¡Cumple con tu deber!»

Hé aquí lo que yo pensaba al contemplar a los pobres soldados que a bordo del *Colón* vuelven de la guerra, heridos de muerte.

Amontonados en la cubierta, sucios y rotos, mirándonos con ojos mortecinos y curiosos como a animales raros, con algo indescriptible en el rostro, de donde huyeron para siempre los colores, la alegría y la juventud, parecían los modelos que sirvieran a Gustavo Doré para retratar el *Infierno* del Dante...

Cuando la crítica histórica del porvenir haga la psicología de los hechos, de igual modo que hoy se hace

la psicología de los individuos, ¡qué juicios tan crueles tendrá para esta sociedad nuestra, cuyo progreso, civilización, etc., alabamos de continuo!

¿Y si luego resulta que no hay cielo?

exclamaba Bartrina en un momento de sincera duda... Y yo, que he repetido lo mismo muchas veces, ya no quiero dudar. Quiero creer que hay un cielo para los buenos y un infierno para los malos, y que en la otra vida se hace la justicia que falta en el mundo.

Entonces esos pobres soldados verán desde arriba cómo se tuestan en las parrillas de Pedro Botero los que tienen la culpa de las guerras.

Y yo venderé mi alma al diablo para poder contemplar el bisté.

ANTONIO PALOMERO.



NUESTROS PINTORES.

MUÑOZ Y LUCENA.

PINTOR castizo, brillante y brioso, Muñoz y Lucena es uno de los artistas de la nueva generación que honran más a la patria. Educado en la buena escuela, apasionado admirador del gran Velázquez y del malogrado Rosales, Tomás Muñoz, como le llaman sus íntimos, posee el secreto de sujetar en sus lienzos la vida, la luz y el aire, dijérase que hasta el sonido, y por eso sus cuadros, arrancados de la realidad por su genio brillante, son admirados dentro y fuera de España, donde tiene muy sólida reputación este artista inspiradísimo. ¡Qué sobriedad, qué reposo, qué hermosa psicología la de su famoso cuadro *El defensor de Gerona*!

La vida interior del heroico Alvarez de Castro y el trágico horror de aquel sublime momento histórico alcanzaron en el cuadro de Muñoz y Lucena una plasticidad definitiva.

Así debió entenderlo el jurado de la Exposición en que por primera vez concurrió el joven pintor, premiando su obra y reconociéndole beligerancia en las luchas del arte.

Sus *Lavanderas*, cuadro premiado con primera medalla en una de las últimas Exposiciones, confirma cuanto arriba indicamos de este artista famoso. La verdad, la vida hermosea, palpitan en aquel hermosísimo lienzo, en el que no se sabe qué admirar más, si el color y el ambiente ó la factura suelta, la composición irreprochable ó la pincelada atrevida y genial.

Otras obras, no de tanto empeño, pero no por eso menos celebradas, produjo también el fecundo pincel

de Muñoz y Lucena, algunas de ellas adquiridas por príncipes y magnates extranjeros, por la Reina Regente y el Estado español.

Su cuadro *Canto religioso*, que reproducimos en uno de los grabados de este número, es una maravilla de ejecución y de dibujo.

La tonalidad del color, el reposo de la figura, el apacible ambiente en que parece como que flotan emanaciones de aromoso incienso, hacen considerar esta obra como un pedazo de pintura castiza tan hermosamente realizado, que habla elocuentemente del talento y la maestría de su autor.

Al dar GERMINAL el retrato del laureado artista, creemos cumplir un deber de justicia tributándole la que merece el ilustre pintor cordobés, de quien espera mucho todavía la pintura española.

J. J.

BURBUJA.

Desde allí se descubría
un extensión dilatada;

mucho cielo, mucho campo,
mucho luz que los bañaba.

¡Y qué paz, y qué sosiego!
¡qué angusta y solemne calma!

Apenas entre el verdaje
sentíase, leda, el aura,
y del río, no lejano,
el grave rumor del agua.

Templo grandioso y magnífico
la tierra así semejava,
erigido por los dioses
á la dicha y la abundancia.

¡Ay! cuando aquel espectáculo
más y más me penetraba;
cuando absorto, embebecido,
mis ojos lo contemplaban,
acordéme de repente
de las tristezas humanas,
de los pobres, de sus hambres,
de los ricos, de sus galas,
de la ambición, de la guerra...
de tantas cosas nefandas,
y vinieron á mis labios
estas amargas palabras:

Bajo ese azul tan sereno,
bajo esa bóveda santa,
¡cuánto horror! ¡cuánta injusticia!
¡cuánto crimen! ¡cuánta infamia!

RAMÓN BARCO.

Valladolid.

CUENTOS NUESTROS.

EL «CENTRAL CONSUELO».

Fué aquello la explosión de un reguero de pólvora. No hizo D. Antonio, el capataz de «batey», más que alzar la mano sobre el «narigonero», mozalvete que, «halando» de las narices de los bueyes, traía y llevaba las «fragatas» de caña á lo largo del conductor, y los peones de la «estera» se enderezaron, como un resorte desclavado. ¡Era ya lo inaudito! Le habían tolerado hasta los insultos, mas no los golpes, ¡por Cristo vivo!, los golpes, no.

Arrojaron sobre los vagones las brazadas de caña, que debían comerse las siempre abiertas fauces de los cilindros moleadores, y despreciando la gritería amenazadora y suplicante, todo á un tiempo, de los desconcertados mayores, se desperdigaron por la casa de calderas, contagiando de su indignación á los obreros de los hornos quemadores de «bagazo» verde, á los fogoneros ennegrecidos por el carbón, á los ayudantes de mecánicos, á los trituradores de la masa cocida, á los chinos que cuidaban del vuelo vertiginoso de las «centrifugas», cedazos mágicos que extraen de la negruzca masa el grano de azúcar amarillo, que es el oro de Cuba.

No valieron órdenes ni consejos de químicos y maquinistas. La prudencia de algunos tímidos abrió á toda prisa válvulas y escapes de calderas y tuberías. Fué todo. Entre los rabiosos rugidos del vapor saltando de sus jaulas y los derrames de «guarapo» hirviente, los siervos miserables de las máquinas creadoras abandonaron, coléricos, su presidio industrial.

Y ya en el batey, al resplandor magnífico de la

luna cubana, estallaron todas las quejas, todos los ayes contenidos desde el comienzo de la zafra. La barbarie de los capataces era sólo el motivo de una huelga que tenía mil causas. La comida era inmundicia bazofia—tasajo brujo, galleta en vez de pan, arroz seco, bacalao podrido,—buena á todo tirar para las negradas de antaño, no para hombres que se juzgan libres y han de sudarla en la mitad del día. Tampoco eran soportables las jornadas de trabajo, ¡doce mortales horas, repartidas en cuartos de á seis! ¡Imposible dormir más de cinco seguidas! ¡Y doce horas arrojando caña, asándose frente á los hornos, triturando con palancas de acero la masa endurecida ó aguantando el calor irresistible que despiden los «tachos» cristalizadores de meladura, y el fuego, y el vapor, y las tuberías y las máquinas, en aquellas volcánicas fraguas, levantadas bajo el sol de los trópicos! Y la cuestión del personal, pues los patronos, para ahorrar jornales, suprimieron al comenzar la zafra más de 40 obreros, cuya tarea caía sobre los hombres de los demás. Y luego, ¡esa tienda, esa tienda que les pagaba tarde y mal, obligándoles así á surtirse de sus géneros, saldos averiados de los almacenes, que vendía ganando el 6 por 1!

El principal recibió atentamente á los comisionados. Ante la imposibilidad de persuadirles con frases cariñosas y promesas vagas, á que reanudaran definitivamente la molienda, propuso un armisticio. Para arreglar las cuestiones de personal, relevo de mayores y horas de trabajo, iría aquella misma noche al pueblo y, de acuerdo con sus socios, buscaría solución armónica al conflicto. Por de pronto se mejoraría la comida y empeñaba su formal promesa de ayudar á sus trabajadores en las demandas de más peso. Y en pago de su buena voluntad rogaba á sus «buenos hijos» que liquidaran la caña del batey y el guarapo y la meladura de la casa de calderas. Trato hecho. Volvieron á la brega los obreros y jamás ingenio alguno trabajó como el «Central Consuelo» en aquellas treinta y seis horas de liquidación inusitada.

Poleas, voladoras y engranajes, aceitados meticulosamente, resbalaban sin los rechimientos del descuido; las calderas, con el fuego necesario en los hornos, fabricaban vapor suficiente, sin los desmayos de la impotencia ni los resoplidos del exceso; no se soltaba una correa, el jugo de la caña corría sin derrames por los cauces de madera, las melazas llenaban los tanques sin rebasar ninguno, los trituradores de la masa cocida limpiaban sus herramientas sobre los «mezcladores», cuidaba la chinería de las centrifugas de sacar en su punto los granos dorados, pesaban los envasadores los sacos en el fiel, y el químico, un francés que sin éxito había ensayado todas sus alquimias para aumentar el rendimiento sacarino de la caña, preguntábase maravillado qué ingrediente era la satisfacción de los obreros, que mejoraba en tantos grados la cantidad y calidad del azúcar de aquella jornada.

Liquidados batey y casa de calderas, reuniéronse los huelguistas en los talleres de reparaciones. Venían limpios, en traje de fiesta y estaban contentos. La comida mejoraba, los capataces medían las palabras, el principal telefoneó desde el pueblo anunciando un arreglo y su llegada en el tren de la tarde. Todo presagiaba iba á hacerse justicia á sus quejas.

¡Y era de ver la alegría del triunfo legítimo impresa en los rostros! ¡Y eran admirables chinos y criollos, negros y españoles bromeando juntos, en fraternal espíritu que borraba los odios de raza! Lo que el Zanjón no logró nunca, ni cien Zanjones más habrán de conseguirlo, lo alcanzaba, sin proponérselo, la comunidad de aspiraciones y esperanzas. La eterna enemiga del nacimiento, desaparecía en un arranque de obrera solidaridad.

En el hondo silencio de las máquinas muertas armóse loca zambra. Lavanderas de africana sangre y operarios criollos bailaban la «muñeira» alrededor de la fragua llameante, entonaban los españoles décimas guajiras, los chinos diminutos danzaban, como gorilas, al son furioso de los tangos cubanos, trepaban por las ruedas inmóviles los más sensatos y daban el compás los ociosos martillos, repiqueteando sobre los yunques...

... Se oyó el galopar de un caballo. Y el jinete, obrero que, aprovechando la improvisada fiesta, hubo de visitar el pueblo, gritó sin desmontarse, la voz enronquecida por la cólera:

—¡La que nos espera! Nos han engañado... Hoy vendrá el amo, pero con 200 hombres que nos «botarán» á la calle y una compañía de soldados para zurrarnos si nos «reviramos.»

No lo querían creer. ¡Era imposible! ¡Si tenían la palabra del amo! ¡Vamos, será una bromal... Y al cerciorarse de que hablaba en serio, y al escuchar los nombres de algunos que vendrían á suplantarles, aquella multitud de pobres entusiastas soñadores se desplomó abatida. No era sino demasiado cierto. ¡Cuántos hambrientos se reúnen para cada pedazo de pan negro! ¿Cómo luchar contra una gente que tiene

DE LA EXPOSICIÓN DE 1897.



MUÑOZ LUCENA.—CANTO RELIGIOSO.

tifican y prosiguen su camino, guiando las avanzadas del progreso humano como faros luminosos.

Todos hemos padecido esta enfermedad psicológica en un grado más ó menos intenso, sufriendo esa especie de *neurosis demoleadora* que debe de informar el espíritu de las revoluciones; y así como cada uno de nosotros es una manifestación concreta, determinada, precisa, de la psicología social, puesto que al escribir lo hacemos en consonancia con los gustos y tendencias de la época en que vivimos, informadora de nuestro criterio, del mismo modo, y por razón contraria, influimos sobre el pueblo que nos lee, formándose entre el público y los autores un peloteo ideológico que constituye la vida intelectual de cada nación.

Cada época trae aparejados consigo vicios y costumbres que le son peculiares. En estos últimos veinte años olvidamos el sabio adagio, *del dicho al hecho hay mucho trecho*, y creímos que la revolución española, la revolución definitiva, que será la republicana socia-

lista, podía hacerse tocando á somatén en discursos grandilocuentes y artículos incendiarios. Así lo creía el público, y nosotros reflejamos la opinión general, cohibidos por la presión sugestiva del medio.

Recuerde cada cual sus primeros *pinitos literarios*, los que se conservan muy guardados, como los recuerdos de una querida muerta, y se avergonzará repasando aquellos cándidos arrebatos de *literatura piro-técnica* que deleitaban el oído con artificiosos andamiajes de palabras atronadoras. Negábamos la autoridad de la Historia, la eternidad de Dios, el origen del mundo; hablábamos de moldes deshechos, de cadenas rotas, de palacios y de templos entregados al saqueo y al incendio; restos nefandos de civilizaciones caducas, cuyas cenizas prometíamos aventar con las barbas de nuestras plumas; y luego bocetábamos visiones dantescas; ríos de sangre inundando las calles, cabezas cayendo unas tras otras bajo la cuchilla de Guillotín, como los granos de arena en los relojes an-

todo el pan? Era la derrota definitiva. Y ahora á cargar sobre el hombro la hamaca y la ropa y á correr los caminos, de ingenio en ingenio, de poblado en poblado, ofreciendo la mercancía del trabajo, la más preciosa y la más despreciada, la que enriquece al señor que la compra, la que esclaviza al desgraciado que la vende.

Todo moría en aquel montón de humanos seres; entusiasmos, energía, voluntad. La angustia cerraba las bocas, quizás iban á surgir las disputas mezquinas por el salario. Pero Mamerta, la negra que hacía un minuto bailó española danza alrededor de la fragua, tuvo su inspiración. Agarró con las manos rojas tizones de carbón y los lanzó sobre un montón de serrín y de virutas.

—¡Valiente quien me siga! dijo. Siguiéron diez segundos de vacilación; los diez segundos de las grandes resoluciones... y ¡fué un delirio! Doscientos hombres, ebrios de venganza, endemoniados, locos, disputáronse las brasas de la nueva hoguera, hacinaban troncos y vigas arrancadas á martillazos y se despararon furiosamente por la casa de calderas, llevando el incendio de los montones de madera, á los barriles de aceite y de pinturas, de los talleres á las viviendas.

Cuando la fábrica soberbia es pasto de las llamas purificadoras, la jauría de siervos, ennoblecidos por la «revuelta», se esparce por los cañaverales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja rociada de petróleo.

... Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarrayas y linderos, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

... Y cuando los silbatos de cien ingenios llaman en Morrisono gemido á los hombres amantes de su hacienda y divisase á lo lejos el tren que conluce á los descalzos rompehuelgas y á los soldados guardadores del orden, del poderoso «Central Consuelo», cansado de tantos sudores, no que lan más que cenizas y escombros en la tierra y en el cielo nubes de humo que se disuelven y disipan.

... Y allá en el paradero, Mamerta la negra, quemadas las ropas é hinchado el pellejo, baila macabra danza á los dueños que se apean, consternados, é increpa aullando á los obreros haraposos:

—¡Cochinos! ¡Esclavos!
Y señalándoles los rescoldos humeantes:
—¡Alquilones! ¡Allí tenéis trabajo!

RAMIRO DE MAEZTU.

CÓMO SE LUCHA.

I.

Lodos los escritores tuvieron en los albores de su carrera literaria un período nebuloso, caótico, de verdadera gestación intelectual, en el cual, conforme su cerebro se vigorizaba con la edad y la gimnasia del estudio, los conceptos se definían y precisaban, ganando en extensión, solidez y donosura. Esta explosión repentina de los talentos de cada autor fué casi siempre provocada por la lectura de un libro que, bien por haber sorprendido á sus facultades en un estado psíquico aparente, ó por acomodarse mejor al temperamento del individuo, influyó de un modo decisivo en el desarrollo ulterior de sus aficiones; que las ideas vertidas en los buenos libros despiertan el vigor de las inteligencias privilegiadas, como los rayos fecundantes del sol hacen germinar las simientes que la mano del labrador derramó en los surcos, incitándoles á creer y á pensar y renovando en ellos el milagro de Lázaro: — ¡Levántate y anda!...

Entonces las facultades se manifiestan bajo múltiples apariencias y con una fuerza impulsiva acrecentada por el íntimo é inenarrable regocijo que en el espíritu del literato novel producen los primeros versos escritos, el primer artículo publicado, los primeros aplausos conquistados á la crítica, siempre esquivada con los autores anónimos. Es una alegre efervescencia llena de encantadoras irreflexiones: lirismos pasados de moda, nostalgias injustificadas y prematuras, elucubraciones de campanuda filosofía, hastíos byronianos; fe ciega en todo lo histórico, en todo lo viejo; atavismos del genio que no osa rebelarse contra la mentirosa poesía de las tradiciones cubiertas con el polvo de los siglos; ó anhelos de reñir, de destruirlo todo y formar un mundo nuevo. Es una crisis que todos los cerebros han sufrido; especie de pubertad moral que habitualmente acompaña á las primeras manifestaciones de la virilidad física: este período evolutivo dura poco, y en él se forma el autor: algunas inteligencias no pueden resistirlo, y mueren en flor, como fuegos fátuos que se extinguen inmediatamente después de lucir; pero otras se aquietan y for-

tiguos, racimos de nobles y de clérigos panzudos colgados de los faroles... Y de ahí no pasábamos, contentándonos con mantener en perpetuo jaque el bélico ardor de las muchedumbres, como las vestales romanas, entretenidas en conservar el fuego sagrado; fuego estéril, que se consumía inútilmente, como la lozana virginidad de las jóvenes sacerdotisas.

Pronto se cansó el público de aquel infructuoso vocerío, los escritores que batallaban en la extrema izquierda también sintieron la fatiga del combate renovado con cada nuevo día: aquello fué un torbellino de palabras; los que lo provocaron no supieron aprovecharlo y la tromba pasó... sin dejar detrás de sí más que dudas y hastío; y en pos de ella volvió la reacción, rugiente, amenazadora, como una ola de cieno.

II.

¡Ay!... así no se lucha.

El hombre sin ideales, no vive; necesita creer en algo: en el paraíso mahometano ó en las doctrinas de Budha; en la cosmogonía egipcia ó en la de Confucio; en las afirmaciones del positivismo moderno ó en la teología católica; y si su espíritu no puede remontarse á estos ideales abstractos, porque no comprenda la grandeza de la ciencia, ni le emocionen los misterios religiosos, creará en la gloria, en el amor de alguna mujer, en la virtud de su madre... ó, por lo menos, en la paz de los sepulcros, que dijo Espronceda. Para que una revolución sea provechosa, es necesario que se edifique después de destruir, y que tras la piqueta demoleadora, vayan los sociólogos, los estadistas, los filósofos, supremos arquitectos del edificio político, echando los cimientos de una civilización nueva; de este modo, los anhelos de los innovadores no se convierten en utopías, y los torrentes de sangre que cuestan estas operaciones de cirugía social, consolidan y fecundizan su obra, como las aguas del Nilo vigorizan en sus desbordamientos la tierra agostada de las riberas. Nada se adelantaría arrancando la cizaña de un campo, si después de bien removido, oreado y abonado, no se sembrase en él algo útil que diese empleo á la fuerza productora del suelo; nada se consigue con discursos patrióticos y frases de oropel, si los hechos no confirman las palabras, convirtiendo sus relumbros en oro de ley. La destrucción es una *negación*, y, por tanto, la revolución que no aporte á la Historia un ideal *positivo*, provoca siempre un retroceso, como la explosión de la pólvora en las armas de fuego, que las hace recular cual si se arrepintiesen de haber disparado.

Nosotros vamos á la revolución, es cierto, porque sólo la revolución puede redimirnos de este estúpido marasmo en que yacemos; somos revolucionarios en política, en filosofía, en literatura, en artes; luchamos y venceremos, porque los triunfos del progreso son inevitables, fatales, como los banquetes de la muerte; pero si después de aniquilarlo todo, no creamos algo, ¿no es de temer que la cizaña de los ideales vencidos torne á germinar en ese campo que limpiamos á sangre y á fuego...? La circulación de la vida es una ley biológica incontrovertible; la tierra que no da claveles y nardos, produce cardos y ortigas; el cerebro que no tiene ideas, abriga supersticiones; el salvaje que no goza leyendo las impías novelas de Voltaire, se arroja delante de un tarugo de madera y es feliz. Para conseguir que un niño olvide un juguete, enseñadle otro más bonito; para curar á una joven enferma de amores, no hay procedimiento más rápido ni más eficaz, que procurarla ocasiones de que torne á enamorarse; para apartar á un pueblo de un camino, mostradle otro; combatir, en fin, la realidad con realidades; al primer juguete, con otro mejor; al amante desdeñoso, con el adorador rendido; al ideal caduco, con otro ideal nuevo, lleno de potente lozanía; y haciéndolo así, el niño no volverá á acordarse del juguete antiguo, ni la joven de sus nostalgias amorosas, ni el pueblo de sus tradiciones venerandas.

Sobre dos grandes problemas gira la vida intelectual del hombre; la lucha por la existencia y la conquista del cielo: estos puntos extremos están relacionados, influenciándose mutuamente; las perturbaciones políticas siempre traen aparejadas hondas revoluciones religiosas, y viceversa; y claro es que toda reforma que no abarque cuantas cuestiones atañan á la sociología y á la teología, será incompleta y efímera.

Todos nuestros golpes, por tanto, deberán dirigirse contra el trono y el altar; que la literatura y las bellas artes se transformarán como por arte diabólico, cuando empiecen á bambolearse los dos fortísimos pedestales en que el mundo moderno está asentado. Y esto no se consigue diciendo que la nación está entregada á un tiranuelo que gobierna inspirándose en lo que un puñado de ministros ambiciosos le aconsejan, fiados en la agresiva autoridad de las bayonetas; ni que esos políticos están gastados y moralmente prostituidos, y nada pueden hacer en pro de la nación; ni que la religión es mala porque sus representantes no son muy buenos; porque reyes déspotas y ministros explotadores y clérigos inmorales, los hubo en todos

los países y en todas las épocas, que hombres son y sujetos se hallan, por tanto, á las miserias y vergonzosas fragilidades de la carne; sino aportando á la práctica otros sistemas políticos que suplanten ventajosamente á los actuales, y doctrinas científicas que abatan la fe religiosa, y cerebros jóvenes y corazones entusiastas que sepan prohiar y difundir los nuevos ideales. Presentad soluciones socialistas á los terribles conflictos económicos que ahora se debaten; descubrid la mentira religiosa con hechos científicos, y conseguiréis sin exageraciones retóricas de mal gusto, que el socialismo y el positivismo formen el credo del porvenir.

La amena literatura, por sí sola, es importante para provocar un movimiento político duradero; la poesía excitando determinadas pasiones, el cuento describiendo un cuadro arrancado á la realidad, la novela tendenciosa, son factores que coadyuvan poderosamente al triunfo de una idea, pero que no pueden vencer por sí mismos: los arrebatos del sentimiento decaen pronto, los impulsos del corazón mueren si la fría razón no los sanciona, las bravías explosiones de la literatura necesitan que la ciencia las afirme; porque las obras de la imaginación son muy rápidas, y el tiempo no respeta lo que el hombre hace sin contar con él.

Y puesto que en GERMINAL hay valiosos elementos que se ocupan preferentemente de la cuestión social, nosotros trataremos del problema religioso, aduciendo en favor de nuestras doctrinas el mayor número posible de datos.

¡Así se lucha, así!... Con razones, con realidades; lo demás son ensueños, humo... «Palabras, palabras y palabras...» que dijo Shakespeare.

EDUARDO ZAMACOIS.

Á DIOS.

SONETO.

¿Tu omnímodo poder de dónde emana?
¿Quién tu esencia sacó de lo increado?
¿Quién ordenó manchar con el pecado
la noble frente de la estirpe humana?
¿Por qué si el hombre por el bien se afana,
lo dejas en la lucha abandonado,
sin que pueda sondar en su pasado
ni pueda penetrar en su mañana?
Si eres todo bondad, luz y consuelo,
si eres todo justicia, y desde el cielo
todo lo riges y á tu voz lo ordenas,
¿por qué alfombras de abrojos mi camino,
y me haces inferior á mi destino,
y me haces sucumbir y me condenas?

ARTURO REYES.

LA VUELTA DE LAS CIGÜEÑAS.

(APUNTES.)

I.



ALGUNOS de los nuevos ideales que preocupan á los filósofos y á los literatos decadentistas, los comparo al loco que diera en la tema de querer llevar puesto un sombrero sin alas y sin copa. Graciosa le parecería al lector la manía del que tal cosa intentaría, que el sombrero ha de tener alas y copa, ó deja de merecer semejante nombre.

Tolstoi, gran despreciador de la ciencia, establece la futura vida patriarcal en un socialismo contrahecho que parte del ideal cristiano, sin recordar las frases del Maestro: «Mi reino no es de este mundo. A Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.» La división de lo humano y lo sobrenatural aparece claramente marcada en sus palabras, y empeñarse en sujetarnos á los delirios del novelista ruso, lo considero un dislate contrario á los instintos del hombre; aspiración ideológica; humorada de un talento desequilibrado; sombrero ético falto de copa y de alas; la *exaltación de la atención*, como llama M. Ribot á esta manía.

Debido á la falta de fe que tenemos en ese porvenir lleno de sombras que asusta á Pérez Galdós, el muñeco racional se pasa años y años odiando á su prójimo y murmurando del que procura mejorar su condición actual. Enmienda la plana á la Naturaleza, censurando sus obras, y de no estar en guerra con sus semejantes le entra un aburrimiento invencible. Todas las máximas escritas no bastan á variar la índole destructora que trae al mundo. Es el único ani-

mal que caza á fin de procurarse un pasatiempo; es social, porque muchas partes de veneno juntas hacen una mortal de necesidad, y porque reunidos los cobardes se creen fuertes é irresponsables; es de opiniones mudables, á causa de picar en soberbio, y en cada mudanza aumenta su orgullo, y es bueno, en ocasiones, porque al nacer lo besa la muerte.

Preocuparse de su destino incierto y de corregir su mal dirigida naturaleza, lo reputo abnegación fuera de propósito; poema *parnasiano* recitado entre salvajes. El decantado perfeccionismo vendrá según cundan las injusticias sociales, no con la homeopatía intelectual de los modernos pensadores, que arrojan un globulillo de extracto moral en el mar de nuestras pasiones desatadas. Cuando todos seamos verdugos, notaremos la falta de las víctimas, y voluntariamente quedará desbaratada la organización social que conocemos, organización que simula una pirámide con el cono truncado. Abajo, están los pobres con la cruz de sus dolores al hombro jurando venganza; arriba, permanecen los poderosos mohinos por no poder engendrar nuevos deseos de placer, y en el centro, Momo se burla de la obra más sabia de Júpiter.

También los poetas cantan las *nuevas ideas*, ofreciendo una vela á Dios, y otra, un poco más larga, al diablo.

El autor de *La buena canción* y de *Las fiestas galantes* se mofa con harta frecuencia del mundo, y su ironía tiene dardos contra lo absoluto y lo relativo, contra la luz y la sombra. Paul Verlaine es acaso el más inspirado y genial de los poetas contemporáneos, según afirma Anatole France, y unió á sus sarcasmos el terrible de la miseria. Neurótico declarado, pasa de la creencia dogmática á la negación y del madrigal á la sociedad tabernaria. En su espíritu cabía el cielo y el tono gris de los vicios del arroyo: toda la escala de lo sublime y de lo deformo la recorrió Verlaine entonando himnos ó blasfemando. Tiene la causticidad demoleadora de Voltaire y el ardiente misticismo de San Juan de la Cruz. Su obra es compleja, como su vida accidentada. Simboliza esta sociedad de locos y de ambiciosos vulgares, que intentan aprisionar á la fortuna y á la naturaleza, sin observar que ésta sigue su marcha, sembrando lo mismo la vida que la muerte.

Cuando Verlaine no podía arrastrar su pierna reumática, solía acudir al hospital, y allí encontraba lo que la filosofía moderna llama *afinidad é histerismo*. La caridad aliviaba sus dolores, dándole cama, alimentos y consuelo, y la religión venía á recordarle que el arte es todavía un sacerdote encargado de curar las almas apenadas, no la demostración estadística con que sueñan muchos tontos.

El desorden cunde en las costumbres y en las ideas, y, al suceder esto, las paradojas toman cara de verdad; lo defectuoso parece regular; la razón se puebla de dudas, y multitud de doctores inventan la medicina que ha de curarnos. Los sistemas más desacreditados asoman remozados, y no hay dislate estético que no adquiera, momentáneamente, fuerzas que engañan á las inteligencias que, caminando á tientas, destruyen lo existente sin aportar otros materiales científicos.

No la consideración filosófica, un cuento indio publicado por Valera ha de servirme para indicar el cambio que conviene se opere en nuestro discurso averiado.

Cierto aventurero que había estudiado entre los bramines la ciencia de la transmigración de las almas, deseoso de instruirse y de alcanzar fortuna con tan difíciles conocimientos, marchando un día de caza, topó á solas con el poderoso rey de Persia, y, juzgando pintada la ocasión para salir de pobre, hizo una diablura digna de alabanza. Mató el rey una corza, y el aventurero se jactó de poder resucitarla con la ayuda de su poder oculto. Despertada la curiosidad del monarca, quiso ver realizado el milagro, y pidió á su acompañante que lo hiciese. El único y aventajado discípulo de los bramines cayó en tierra como muerto y la corza se levantó viva, y vino hacia el rey con intención de lamerle las manos.

De allí á poco volvió á caer muerta la corza, y el aventurero se alzó del suelo como antes. Maravillado el monarca de lo que acaba de presenciar, trató de investigar la causa de ello, y el aventurero le dijo que él sabía mudar su espíritu de unos cuerpos en otros, y que por haber estado en el de la corza, quedó el suyo inanimado. Entonces quiso el rey probar aquella aventura, y habiéndole enseñado el pícaro el oportuno ensalmo ó fórmula mágica, le pronunció, y en un abrir y cerrar de ojos pasó su alma al cuerpo de la corza sin el más ligero inconveniente.

Pero lo malo estuvo que, no bien el aprovechado discípulo de los bramines vió inerte el cuerpo del rey, cuando puso en él su alma; dejó al incauto curioso convertido en cuadrúpedo vagando por aquellos bosques, y se fué á palacio á vivir la más regalada vida.

El cuerpo del rey bien pudiera ser la tradición, despojada de sus errores y de su fanatismo; el alma del aventurero no tengo reparo en llamarla el deseo que se nos ha entrado de penetrar en lo desconocido.

y que unida á la errante del monarca formaría un equilibrio moral entre el pasado y el presente, que acabarían armonizándose para desterrar el egoísmo.

Introito ad altare Dei, me acercaré al altar de Dios. En medio de la perfección de la materia á que hemos llegado, el hombre continúa siendo tan desheredado como antes, y la igualdad y la fraternidad humanas no parecen. Hay que buscar la religión verdadera, la que nos enlaza con amor, la que conduce al cielo por la *escala resplandeciente* de la abnegación.

Quizás nos digan pronto voces venidas de lo alto: «Se han olvidado las leyes divinas; habéis encadenado las almas, aprisionado el amor y dominado la fe, sin tranquilizar vuestra conciencia, y exclamáis: Somos poderosos y nadie puede pedirnos cuenta de nuestras acciones. ¡Pobres dementes! El dolor y el hambre romperán la cadena que aprisiona las almas, darán libertad al amor y devolverán su vista á la fe, y entonces, los reyes bufos de un momento, conocerán su debilidad.»

E. ALONSO Y ORERA.

Á LA FUERZA AHORCAN.

Y han sido aceptadas por todos ó casi todos los elementos influyentes de la política española las reformas autonómicas para Cuba, que ha impuesto con su inflexible lógica la ley de las circunstancias.

Obligado por una parte el Gobierno conservador á inclinar la cerviz ante la actitud amenazadora de unos cuantos agiotistas extranjeros; forzado por otra á realizar lo que no pudo concebir el mezquino cerebro de sus hombres; espantado ante la idea de ver un Tesoro exhausto, un crédito perdido, una nación huérfana de

brazos que la salven por el trabajo, ya que todo ha desaparecido con la guerra yendo á parar á manos de especuladores sin conciencia, apelan contra su voluntad al último recurso que les queda para ir viviendo: el establecimiento de las reformas.

Viniendo de los conservadores no hay para qué decir si las reformas promulgadas en el Decreto de 4 de Febrero serán ó no restringidas.

Y mucho será que no empiece su corrupción al tiempo de aplicarlas, porque otro tanto ha ocurrido con el Jurado, con el sufragio y con todas las libertades alcanzadas en estos últimos tiempos. Se falsearon y mixtificaron para desacreditarlas y demostrar su ineficacia, y es muy posible que Cánovas, de acuerdo con los elementos reaccionarios de Cuba, las implante y practique á su sabor á fin de hacernos ver sus inconvenientes.

Otro de los partidos que ha ido á remolque de toda idea que encarnase en el progreso ha sido el partido de la Unión Constitucional de Cuba.

Este partido se opuso, como dice con mucha razón *El Liberal*, á la abolición de la esclavitud, alegando que entrañaba la pérdida de nuestra soberanía en aquella isla y la ruina de la prosperidad cubana; se opuso con iguales argumentos á la definitiva supresión del patronato; se opuso de la misma manera á la rebaja de la cuota electoral; combatió sin piedad al general Calleja, porque atendía las reclamaciones justas de los demás partidos insulares, y haciéndonos perder dos años largos con su furioso batallar contra la Cámara única, dió margen á que estallase la guerra.

Estos partidos, más insensatos que prudentes, más malvados que previsores, rechazaron violentamente todo proyecto reformista, y de haber adoptado hace cuatro ó cinco años el nuevo régimen antillano por que venimos abogando los mantenedores de todo principio radical, hubiérase ahorrado á este mísero país los hombres que en mal hora han sucumbido en la manigua y el dinero que tanta falta hacía para el fomento de la riqueza nacional.

Estos partidos son los que hoy consignan en sus

programas unas reformas que hace más de treinta años venimos defendiendo los federales, pero no responde esta evolución, como ha dicho muy bien un periódico, á la virtualidad de las ideas; obedece á un caso de fuerza mayor.

A un caso de fuerza mayor obedece la conquista de las libertades que nos arrebató el golpe de Sagunto, como á un caso de fuerza mayor obedecerá la exaltación de la República á las esferas del poder.

Mil veces han considerado los hombres de la Restauración como utópicos los principios sustentados por nosotros. Y no es lo peor que nos hayan calificado de locos, sino que con el pretexto de mantener el orden amenazado por nuestras teorías unas veces y otras en nombre de una sociedad timorata, egoísta y diferenciadora que ve en cada uno de nosotros un monstruo capaz de comerse los niños crudos, han encarcelado, deportado, confiscado los bienes y fusilado sin piedad á los que creían sus enemigos.

Cánovas no cree en la eficacia de las reformas, aunque las propone. No cree en ellas tampoco el partido de la Unión Constitucional, aunque las acepta.

A este partido le han llevado á tal conversión, según afirma un periódico que fué adicto, esperanzas de que por esos caminos continúen en sus manos la influencia y el poder.

Lo mismo le sucede á Cánovas. Ha visto que la bancarrota financiera es inminente, que el pueblo no está dispuesto á dar un soldado más, que envolvía á la institución monárquica en un verdadero peligro, y se ha apresurado á plantear las reformas en amigable consorcio con *La Unión Constitucional* como medio de seguir en el poder.

Ahora bien; si para alcanzar la autonomía de Cuba ha sido preciso mantener durante dos años y pico una guerra sangrienta ¿qué debemos hacer los revolucionarios de la Metrópoli para conseguir ese mismo derecho? ¿Nos lanzarán las provocaciones y torpezas de estos ineptos gobernantes á una lucha parecida?

¡Ojalá! Grande, inmensa sería la satisfacción que nos produciría ver realizados nuestros ideales; pero

Eugenia. Pero, amigo mío, siempre es posible comprar á los encargados de recibir los trabajos... Se trata sólo de tener dinero: tomad el mío para ello, y, si no basta, pediré más á mis amigas.

Burgmeyer. No es eso. Dinero tengo el suficiente. Pero hay en la Comisión un hombre que no se vende...

Eugenia. ¿Quién es?

Burgmeyer. Mirovitch, un joven que es el representante del *zemstvo*.

Eugenia (resistiéndose á creer lo que oye). ¡Mirovitch!

Burgmeyer. Sí.

Eugenia. ¡Bah!... Alma mía, ángel mío, Alejandro ¡parecís un niño! ¿Es posible que tengais miedo de Mirovitch, sólo de Mirovitch?

Burgmeyer. No es de él, sino de su consejo desfavorable. Comprende lo que resultará; el asunto se resolverá en seguida, las acciones de nuestro último negocio bajarán un 50 por 100, se sabrá todo en las esferas oficiales y, en consecuencia, se me negará la concesión y seré derrotado en toda la línea.

Eugenia. Pero no es de creer que Mirovitch dé el consejo desfavorable.

Burgmeyer. Le ha dado ya. Es un hecho consumado.

Eugenia. Se necesitará poner en juego cierta influencia especial... ¿No habéis reparado, Alejandro, que Mirovitch está perdidamente enamorado de vuestra esposa?

Burgmeyer (á estas palabras se le enrojece el rostro, frunce las cejas y trata de ocultarse á Eugenia). He creído advertirlo, pero, ¿de qué puede servirme?

Eugenia. Cleopatra sería una excelente mediadora. Sin duda él es incapaz de negarla nada.

Burgmeyer. ¿Por qué es incapaz de negarla nada? Mi mujer no corresponde al amor de Mirovitch y espero que nada habrá entre ellos.

Eugenia. Hay... Sólo os pido que no me hagáis traición, os lo digo sellando el secreto... Hay, que Mirovitch se ha declarado á vuestra mujer y ella le ha rechazado en absoluto; pero así es mejor, pues si ahora muestra ella el menor asomo de condescendencia á sus deseos, conseguirá de él cuanto se le antoje.

Burgmeyer (con las cejas fruncidas y reprimiendo la cólera). ¿Cómo hacer eso?

Eugenia (fingiendo no entenderle). ¿Hacer qué?

Burgmeyer (con amarga sonrisa). ¿Cómo hablar de ello á mi mujer, cómo decirle semejante cosa? Presumo que no os encargaríais vos...

Eugenia. ¡Ah, amigo mío! Si me encargaría, si no estuviera persuadida de que tendría mal éxito. A mi juicio, lo mejor es que vos mismo habléis á Cleopatra, pues conmigo apela á la astucia; creo que ella no es del todo indiferente al amor de Mirovitch. Si con él se muestra reservada es sólo porque os teme. Pero cuando la dirijáis la insinuación más leve comprenderá al punto que no sería para vos tan duro el golpe.

Burgmeyer (con risa convulsiva). ¡Sólo faltaba que no lo comprendiera! ¡Sobre todo, juzgará mi proceder muy honroso!

Eugenia. Ignoro cómo juzgará ella; pero yo, y no soy vuestra mujer, si fuese preciso servirlos y

ESCENA II.

EUGENIA, sola.

¡Si tu marido te engañara!... ¡Yo estoy en mejor situación que nadie, así lo creo, para saber hasta qué punto te es fiel! Varios detalles me dan á comprender que él no ha visto en mí otra cosa que una conquista sin consecuencias. Encuentra una mujer joven y hermosa; ella casi más decidida que él; ¿por qué no hacerla su querida? ¡Con darla un poco de dinero!... No soy por cierto una de esas estúpidas y dulces criaturas á quienes los hombres aman por pasatiempo y á quienes plantan en cuanto se les antoja... ¡Me he propuesto que la imbécil de su mujer sea la querida de Mirovitch!... Ella consiente, está impresionadísima, hasta el punto de que la arredra volver á encontrarse con él; teme á su marido, pero ¡qué importa! ¡No por eso dejarán de ser amantes! Naturalmente, esto pondrá á Burgmeyer fuera de sí; se separará al punto de su mujer, vendré á ocupar la vacante. ¡Entonces verá Alejandro Burgmeyer si soy una conquista sin consecuencias! La suerte es injusta, es verdad. Yo he crecido y he sido educada con Cleopatra, he sido siempre mejor que ella, más inteligente, más sagaz, más *práctica*, en fin, y de pronto ella se casa con un rico, con un millonario, mientras me veo reducida á casarme con un joven sin seso, que me decía sabe Dios cuánto de su fortuna y que al morir me deja en la miseria!... Cuando la vida nos trae tanta escasez de alegría y de dicha, es preciso ayudarnos con maestra habilidad. Los hombres

gustan de imaginar que tienen más inteligencia y más penetración que el sexo débil. ¡Como si en astucia no fuéramos cien veces más fuertes que ellos!... Pero, ¿por qué estará tan sombrío Alejandro desde hace algún tiempo?... (Mira á la ventana.) Ahí viene. ¡Parece un condenado á muerte! Hoy mismo le interrogaré y sabré qué le ocurre.

ESCENA III.

Entra Alejandro Burgmeyer, de cabellos ya grises, de gesto avinagrado, con aspecto de inquietud. Dos ó tres sortijas de valor en los dedos; la cadena y la llave del reloj adornadas también de piedras preciosas. El vestido de corte inglés.

Burgmeyer (tendiendo la mano á Eugenia). ¡Buenos días, amiga mía! ¿Sin duda ha salido Cleopatra?

Eugenia. Sí; ha ido á algunas visitas, me ha suplicado que os esperara.

Burgmeyer. ¡Evidentemente, no es celosa!

Eugenia. Nada, en absoluto; no tiene la menor sospecha.

(Los dos se sientan. Burgmeyer medita.)

Eugenia (fijando en él penetrante mirada y con voz halagadora é insinuante). He venido á vuestra casa y os he aguardado para manifestaros mi alegría por vuestro buen éxito de ayer en la reunión de accionistas; es increíble el entusiasmo que excitásteis.

Burgmeyer (con fugitiva sonrisa). Sí; tuve muchos aplausos.

Eugenia (siguiendo en el mismo tono afectado). Algo más que aplausos. En el teatro también se aplaude á veces con vehemencia

mucho mayor sería la satisfacción de ver cómo la monarquía se ahogaba en el lago de su propia sangre.
«El que á hierro mata á hierro muere.»

FRANCISCO MACEÍN.

VERSOS.

La expresión del dolor en el semblante,
la faz envejecida y descompuesta,
hollando va rendido y fatigoso
la enmarañada senda.

Alza en su mano poderosa antorcha
que con fulgor vivísimo llamea,
y á su luz caminando los de abajo
admiran el fulgor que los alienta.

Mas ¡ay! sobre la mano guiadora
del porta-antorcha que la luz eleva,
van cayendo rescoldos inflamados
de la brillante combustión estela.

¡L's la antorcha del genio, alumbrada al mundo
y abraza á quien la lleva!

J. BENAVENTE.

LA ESTADÍSTICA SOCIAL.

En el núm. 6.º de GERMINAL habíamos invitado á nuestros amigos á que nos enviaran datos referentes al estado social de las clases productoras con el fin de que la Comisión compuesta de los redactores Salmerón y García, Delorme, Fuente, Bark y el jefe-redactor Dicenta, pueda elaborar un estudio sintético sobre la

materia que servirá de base á las reformas del futuro Ministerio del Trabajo cuya dirección tercera se llamará especialmente de «Beneficencia y Estadística social.»

Esperamos trabajos de esta índole de varios correccionistas y en particular del antiguo propagandista D. Ignacio Rodríguez Abariátegui, sobre la vida económica de los trabajadores del campo y de las minas de Almería y distritos limítrofes; del presidente del Centro Obrero de Crevillente, nuestro amigo D. José Alfonso Pérez respecto á la industria de esparto; el fogoso agitador D. Ginés García Navarro sobre la explotación minera de Mazarrón y provincia de Murcia; del amigo republicano entusiasta por la causa del obrero D. José M.ª Ortiz, de Guadix; del prestigioso presidente del Círculo Republicano de Baracaldo, D. Fernando Gómez; del acaudalado héroe de la caridad D. Rafael Fernández Rodríguez, de Soria, sobre la agricultura en general; del entusiasta por la emancipación obrera D. Manuel Argüelles, en Gijón, sobre la redención de los desheredados en general, y de otros amigos de Nerva, Riotinto, Bilbao, Baracaldo, Reus, Barcelona, Gerona y otras partes que quisieran favorecer nuestros esfuerzos.

Esperamos resultados muy prácticos en favor de los desheredados y suplicamos á nuestros amigos que activen sus trabajos. También invitamos á los empleados de comercio, de escribanías y escritorios cuya situación es harto precaria, que se adhieran á nuestra acción. Uno de ellos nos escribe en nombre de los 10.000 dependientes de comercio de Madrid.

«Llevado á la práctica ese proyecto de GERMINAL, dice don E. S. L., se habrá hecho una gran obra en favor de la clase obrera y de esta manera conseguiremos que vaya despertando en nosotros la idea de redención, de la que estamos bien necesitados. Es preciso, indispensable, urgentísimo, hacer algo útil y práctico. Esta arruinada España regida por el espíritu teocrático que encarna en las clases elevadas... de pensamientos ruines, necesita de un gran esfuerzo por parte nuestra para arrancarle ese poder y utilizarle

libre y honradamente para la implantación de las Reformas sociales, de que tan necesitados estamos.»

Muy bien, querido E. S. L., venga una cooperación presente usted un espejo fiel á estos millares de esclavos del mostrador que labran las riquezas de sus amos trabajando desde las seis ó siete de la mañana hasta las diez y once de la noche.

Rogamos á todos que nos remitan datos que los ajusten al plan de los cinco capítulos que contendrá el libro que para resumirlo todo publicaremos y cuyo programa es el siguiente:

«Abarca la estadística social la vida económica, moral é intelectual de todas las clases; sin embargo, para nuestro fin nos importan ante todo las clases obreras y artesanas. Los trabajos pudieran tal vez clasificarse en los cinco grupos siguientes:

I. Presupuesto de una familia obrera y artesana: ganancias y gastos respecto á casa, pan, comidas, carne, distracciones, vestido, etc.; usura, casa de préstamos; prostitución de miseria.

II. Oferta y demanda de trabajo; salarios; los oficios que tienen sobrante de brazos y las causas locales; promedio de salarios según oficios y estaciones; horas de trabajo de adultos, mujeres y niños; efectos probables de la ley de ocho horas y de la ley de participación en los beneficios.

III. Casas, alquileres; efecto de la aglomeración de las familias en casas de vecindad sobre las costumbres y la salud; asilos, hospitales, conventos, refugios, hermandades; beneficencia.

IV. Sociedades y asociaciones para la protección de las clases menesterosas; cajas de ahorro, suministros de médico y botica, cajas contra accidentes; centros de recreo, bibliotecas populares, periódicos populares y obreros, su circulación é influencia; efecto de la propaganda política sobre los obreros, republicana, católica, etc.; y

V. Fiestas y juegos populares, su influencia sobre la moralidad, su efecto económico, gimnástico, etc.; teatros, bailes públicos, corridas de toros, ferias, romerías.»

á una tiple ó á un cómico, pero allí había más; lágrimas de agradecimiento á vos dirigidas, plegarias que por vos se elevaban al cielo... Cerca de mí estaba sentado un viejo; no es rico indudablemente, y si recibe, como le habéis prometido, el 30 por 100 de interés de su capital, le será posible vivir con sus dos niños sin temer miseria. «Es una pensión, una verdadera pensión, lo que me da Burgmeyer!...» Vos mismo estábais muy interesante. Cuando, al terminar la lectura de vuestro Balance, todo el mundo os aplaudió, quedásteis emocionado, con la mano levemente apoyada en la mesa, y ¡qué pálido y qué conmovido!... Así precisamente me figuraba yo, cuando era muchacha, á los grandes hombres en el instante del triunfo; cuando el pueblo se dirige á encontrar al general vencedor, ó cuando aplaude al orador después del discurso, ¡deben tener estos la misma palidez, la misma emoción!

(Burgmeyer, que ha prestado poca atención á estas palabras y que parece sómetido á un tormento interior, se levanta, avanza en el escenario y oculta á Eugenia el rostro; ésta, á su vez, le mira con sorpresa, también se levanta, acércase muy despacio á Burgmeyer y le pone las manos en los hombros.)

Eugenia. Bueno que ayer estuviérais turbado y triste, pero ¿por qué ha de durar aún la tristeza?

Burgmeyer (volviéndose hacia ella y esforzándose en sonreír afablemente). Sí, es verdad; no tengo alegre el alma.

Eugenia. Pero, amigo mío, ¿cuál puede ser la causa? ¡Hace

algunos meses habéis variado por completo! No atino con el motivo de vuestros pesares. ¡Sois millonario! Tenéis una mujer hermosa que os ama y á la cual amáis... En fin, Alejandro, tienes, como lo ves tú mismo, una amante bonita, que nada te pide y que sólo aspira á que le permitas amarte y á que le descubras tu corazón.

Burgmeyer. Sí, Eugenia, vas á saberlo. Quería contárselo a Cleopatra, pero ¿á qué alarmla antes de tiempo? Cierra todas las puertas y mira si cerca hay alguien que pueda escucharnos.

Eugenia (después de haber mirado por todas las puertas, las cierra y vuelve hacia Burgmeyer). No hay alma viviente.

Burgmeyer (apretándola nerviosamente la mano). Mira. Ahora mismo me decías: «¡Sois millonario, sois un bienhechor de la sociedad, vuestro nombre es bendecido, los niños y los viejos rezan por vos!...» Pues bien, has de saber, Eugenia, ¡que no soy millonario, que estoy en la indigencia y que he arruinado á los que me bendicen!

Eugenia. ¡Alejandro! ¿Es posible? ¡Después de lo de ayer, que presencié yo misma! ¿No serán vanos fantasmas de vuestra imaginación calenturienta?

Burgmeyer (con triste sonrisa). ¡Ah! ¡ah!... ¡La imaginación! Desgraciadamente, no es en mi imaginación donde está el horror, sino en la realidad; sin embargo, los negocios son lo primero. (Va á su escritorio y saca un rollo voluminoso que entrega á Eugenia) Aquí tenéis vuestro exiguo capital que me habíais confiado y que, por vuestro interés, creo deber ahora separarlo de los fondos com.

prometidos en mis asuntos; le he añadido cierta suma á título de recuerdo y para agradeceros la amistad que me habéis profesado...

Eugenia (con voz de espanto). ¡Alejandro! ¡Quieres terminar nuestras relaciones!

Burgmeyer. No, Eugenia, no... Por favor, no lo creas. Pero, ¿quién sabe lo que sucederá? Quizá tendré que partir bruscamente para el extranjero; en fin, puedo morir de pronto; la vida y la muerte de los hombres están en la mano de Dios.

Eugenia. ¡Alejandro! ¡Tus palabras me espantan! Puedes no amarme ya, puedes no concederme tu aprecio, pero yo... yo te amo; tu tranquilidad la prefiero á la mía... Te suplico, llenos de lágrimas los ojos, que me hables con sinceridad. (Las lágrimas brillan en sus ojos efectivamente)

Burgmeyer. Vas á quedar satisfecha al instante, Eugenia. Voy á contártelo todo con entera franqueza. (Hace visibles esfuerzos para comenzar el relato.) Mi última empresa, como sabes, es una de mis más fuertes operaciones; he puesto en ella el capital de todos los accionistas que viste ayer y la mayor parte del mío; dentro de pocos días debo verificar la entrega de los trabajos, que he ejecutado de la manera más defectuosa y, puedo añadir, de la más inmoral.

Eugenia. Alejandro, no quiero creerlo. ¿Sería posible que os condujérais así?

Burgmeyer. No lo hice así otras veces, cuando era rico, mas después vino la pobreza.

Eugenia. Pero, ¿dónde ha ido á parar vuestra fortuna?

Burgmeyer. Toda mi fortuna, casi todo el dinero que debía haber dedicado á esta empresa fué devorado por mis especulaciones del año anterior en la Bolsa. Así mis construcciones no son cosa seria, son sólo un engaño bobos y he necesitado entramparme para hacerlas.

Eugenia (estupefacta). ¡Dios mío! Pero, ¿por qué jugábais á la Bolsa?

Burgmeyer. ¿Por qué? ¡Porque el infierno ha vomitado en la tierra un nuevo demonio tentador! El hombre que tiene mil rublos quiere tener cien mil. Tiene los cien mil, y necesita tener un millón, diez millones. Parece que están muy cercanos, que los ve, que le basta con tender la mano para cogerlos, y somos muchos en el mundo los leproso que damos albergue á ese demonio, que nos arrastra á arruinarnos, á arruinar á nuestras familias y á los millares de ciegos que nos confiaron sus capitales.

Eugenia. ¿No os queda, pues, ningún medio de rehacer vuestra fortuna?

Burgmeyer. Al contrario, nada más fácil. En un año podría duplicar mi antigua riqueza... Contaba con que me dieran una concesión, en la cual ganaría un millón de un golpe, y además si pudiera guardar mis valores llegarían con el tiempo á su precio nominal; de esta suerte, todas mis pérdidas de la Bolsa se reducirían á una insignificancia, cuando no á un beneficio. Pero el hecho es que la concesión no se me dará porque mi crédito caerá por el suelo en cuanto me rechacen mis últimos trabajos ¡y me los quieren rechazar!

UN SUEÑO.

(TRADUCCIÓN DE SULLY-PRUDHOMME.)

Era un ensueño; el labrador airado me miraba y decía:

«Tú mismo harás tu pan, toma el arado y cultiva la tierra que era mía.»
Me dijo el tejedor: «En adelante tú tejerás la tela que yo hacía.»
Y el albañil, poniéndome delante la piqueta, el nivel y la plomada: «Fabricarás tú mismo tu morada.»

Del humano linaje rechazado y arrastrando doquiera su anatema, quedéme solo, triste, abandonado; en mi nuevo destino clamé del cielo la piedad suprema; y por la tierra, errante peregrino, las fieras me cerraron el camino.

Mas desperté por fin. En mi ventana resplandores de aurora sonreían, y mis ojos, apenas si creían en la luz de una espléndida mañana. Cantos sentí de obrero en los tejados, á lo lejos telares que tejían, y vi campos extensos cultivados. Dichoso me creí; y un sentimiento en mi pecho brotó desconocido; pues desde aquel momento, amé á todos los hombres sin distinción de patrias ni de nombres.

R. JIMÉNEZ DE LA FUENTE.

COSAS.

El ilustre jefe de los republicanos federales pactistas, D. Francisco Pí y Margall, en el discurso pronunciado en el Círculo de su partido para conmemorar el glorioso hecho de la toma de la Bastilla, dijo, refiriéndose á las órdenes religiosas que tan inicua mente explotan las islas Filipinas, lo siguiente:

«Nosotros, sin vacilar, suprimiríamos allí de golpe esas Comunidades, como aquí las suprimimos en 1835, declararíamos nacionales los bienes de su inmenso patrimonio y los repartiríamos á censo redimible por partes y á plazos entre los que allí careciesen de tierras y se dedicasen al cultivo de los campos. Me refiero á los bienes rurales; los urbanos los destinaríamos á la enseñanza y la beneficencia. Ganaríamos con esto el corazón de los indígenas y aseguraríamos la paz, cosa de otro modo difícil si no imposible.»

Todo eso está muy bien; pero nos parece que se llenaría mejor el fin de justicia que el Sr. Pí persigue, al declarar bienes nacionales esas inmensas propiedades que los frailes en el archipiélago poseen, si se cediesen esos mismos bienes mediante un canon anual á sociedades obreras peninsulares que cultivasen la tierra y fomentasen allí la industria y la riqueza.

De esa manera y haciéndose eso con toda la propiedad que á manos del Estado llegara, implantaríamos el socialismo sosegadamente y casi sin trastorno alguno.

El Sr. Pí en ese mismo discurso y hablando del problema social dijo:

«Reduciríamos al segundo grado civil las sucesiones entre colaterales y estableceríamos sobre los derechos reales la doble progresión adoptada recientemente en Francia, la progresión según el menos ó más distante parentesco del favorecido con el favorecedor y la progresión según la mayor ó menor cuantía de la donación, el legado ó la herencia.»

Pero indudablemente lo que omitió el venerable repúblico al consignar tan saludable doctrina, y esto es esencialísimo, es que el producto de esos impuestos progresivos sobre legados ó herencias, no sean siempre en metálico sino que el estado perciba ese tanto por ciento, en inmuebles si en inmuebles consiste la herencia y viceversa.

Y decimos que esto es esencial, porque de lo contrario ¿cómo se iba á efectuar esa hondísima transformación en el modo de ser en la propiedad que los socialistas buscamos?

El Sr. Linares Rivas es muy aficionado á inclinarse ante el favor y á doblegarse mucho ante las influencias. Estas cualidades que *adornan* á D. Aureliano las aplica á todo cuanto se relaciona con su departamento.

Hace mucho tiempo, desde el año 1891, que se adeuda por trabajos hechos para el Museo Arqueológico una respetable cantidad de pesetas al tipógrafo Sr. Fortanet, y al librero Sr. Fussel, y además al albañil, al vidriero, 30.000 pesetas al carpintero y 3.000 al carbonero.

Y de nada sirve que esos honrados industriales reclamen el producto de su trabajo.

Bien dice el refrán que no hay peor sordo que el que no quiere oír.

Y sin embargo, esas cantidades constará ya como que se han pagado.

¡Cuánta inmoralidad!

Según nos dice el telégrafo, la huelga de los trabajadores de las fábricas de maquinaria en Inglaterra, que durante unos días ha llegado á ser imponente, se va á resolver en el sentido que desean los huelguistas, puesto que algunos fabricantes han concedido ya la jornada de ocho horas.

¡Muy bien por los trabajadores ingleses!

Con la burguesía, con el capital, hay que proceder así: obligarles por medio de huelgas, que arruinan y dejan en la miseria á los patronos, á que éstos hagan concesiones favorables al trabajo y al derecho.

La huelga de los Estados Unidos amenaza degenerar en un conflicto grave de carácter social.

Y tanto, que es posible que de ahí salga una revolución social en la América del Norte.

No en balde se roba uno y otro día el sudor de su frente al trabajador en beneficio de los capitalistas.

Eso que sucede en Norte-América acontecerá más tarde ó más temprano en todas partes.

El régimen maldito de la propiedad individual, del capital privado, está llamado á desaparecer.

Desde hace algunas semanas publica el *Heraldo* unos «Ecos» cuya loable intención es tener al corriente á sus lectores respecto al movimiento anti-socialista, ocultando cuidadosamente los éxitos socialistas.

Así aplaude los vanos esfuerzos de los *soit-disant* socialistas católicos, agrarios, protestantes y demás paños calientes que nuestros adversarios quieren aplicar para quitarnos el agua de nuestros molinos.

¡El Sr. Canalejas al brazo del autor de «Problemas Contemporáneos»! El Julián Bastiat, el individualista impertérrito al fin arrepintiéndose de su fe en las «armonías económicas» del liberalismo antiguo.

¡Y qué armonías (con h!) existen entre los «pactistas» del Pardo, regalándose bofetones en el Senado y tiros en Zaragoza.

El simpático é ilustrado director de *La Lucha de Clases*, de Bilbao, Valentín Hernández, y su compañero Carreras, siguen presos en la cárcel bilbaina, sin razón alguna.

Esto clama al cielo.

GERMINAL protesta contra tan arbitrarias prisiones.

Y luego querrá el Sr. Cánovas que el obrero «se habitúe en el actual orden político á discernir inmediatamente lo posible de lo imposible».

¡Qué sarcasmo!

¿Cómo se querrá entonces que el proletariado no abandone el terreno legal para echarse en brazos del revolucionario?

Nuestro querido amigo D. Rafael Fernández Rodríguez de Soria nos escribe desde Lorca adhiriéndose con entusiasmo á las doctrinas y tendencias de GERMINAL.

Esperábamos esto de los sentimientos altruistas de ese heroico filántropo que con notoria exposición de su vida salvó á más de cien infelices que, si no hubiera sido por su arrojo, de seguro hubiesen perecido en la terrible inundación de Murcia de 1878.

Los presos de Montjuich siguen sin novedad encerrados en sus húmedos calabozos, á pesar de que está ya acordado su extrañamiento y salida de la patria.

¿Por qué no se cumple esto?

¿Es que quiere el Sr. Cánovas que sufran esos desgraciados más martirios aún?

¡Cuidado con lo que se hace, porque tantas veces va el cántaro á la fuente que alguna vez ha de romperse!

Fusionistas y conservadores, es decir, restauradores de Sagunto, se han pegado en Zaragoza sin duda en nombre del *orden*.



PRIMITIVO ARMESTO.

En sus obras retrátase el brioso pintor leonés. Joven, de fogosa inspiración, afanoso de lucha, se dió á conocer en la Exposición de Bellas Artes de 1893 por un cuadro *¡Victimas del mar!*, que mordía la vista. ¡Tal era su empuje, su seguridad, su gallarda altivez! Y que obtuvo una segunda medalla, siendo adquirido por el Ministerio de Fomento para el Museo Nacional de Pintura y Escultura.

En *Los pescadores de sardinas*, cuya fotografía pueden admirar nuestros lectores en la primera plana, ha acrecentado, mejorándolas, las nobles facultades que le son personales.

Vida que se abre al arte, camina sus primeros pasos sin desmayadas vacilaciones. Prosiga su impetuoso caminar y dejará honda huella en la historia de nuestra contemporánea pintura.

M.

LOS ESCLAVOS.

Miradle... Por allí viene.

Descúbrese la gente á su paso; el juez se muestra con él en extremo solícito y deferente; el escribano le saluda con exagerada cortesía; el cura y el médico le hablan con marcado comedimiento; los hombres procuran molestarle lo menos posible con su conversación; las mujeres no se atreven á alzar la vista en su presencia...

Es el amo, el primer propietario del pueblo, el que dispone de las voluntades, de las vidas y de las haciendas de todos. Este le ayuda á ponerse la americana; aquel le abrocha el chaleco; es otro le cepilla el pantalón. En pleno día, delante de la primera autoridad, en el café, en el casino, en la plaza, en la huerta, en todas partes, vocifera, amenaza y jura tomarse la justicia por su mano con el infeliz que en lo sucesivo no siga acatando sus órdenes; con el desdichado que equivoque sus mandatos; con el altivo que contrarie sus deseos...

Su escandalosa conducta y sus acciones no menos escandalosas y repugnantes siempre quedan impunes. Nadie se indigna; mejor dicho, nadie se atreve á indignarse. Por donde pasa, recibe señales de fingido respeto... de mal disimula y afectada admiración.

La gente del campo que en público le ensalza y reñera, en el rincón del hogar le odia y maldice.

Marido hay que se las ha jurado al miserable. Hombres de corazón existen entre aquella caterva de aduladores que desean su muerte.

Como hombres, aborrecen á su señor; como esclavos, le tributan honores. Es un sér bajo y mezquino; pero, ¡es el amo!

ANTONIO SOLER.

Hay que advertir que en nombre del *orden* también, usurpan su derecho á los socialistas de Bilbao.

En nombre del *orden* amenaza Moret á la reina y acusa de venalidad á Castellanos el conde de Romanones.

En nombre del *orden* los periódicos conservadores adornan con los títulos de «bellacos», «matones» y «cobarde» á los prohombres liberales.

Invocando el *orden* se nombran fiscales que retiren la acusación á los concejales del gremio de limpiezas.

..... Esto, señores, es una pelea de perros, que saben van á arrancarles el hueso, y se achacan mutuamente la culpa de la inminente pérdida.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.

Tarragona.—M. B.—Le remitiré los números que desea, y en adelante los ocho semanales que pide.

Azuaga.—F. R.—Queda suscripto por un trimestre.

Guadix.—J. M. O. y G.—Le mando cinco ejemplares para la propaganda.

La Coruña.—J. R. M.—Queda suscripto por un año. Mando los números anteriores que existan en esta administración.

Albora.—L. P. C.—Suscribale por un año.

Ribadavia.—J. M. R.—Queda hecha su suscripción por un semestre. Recibidas 3 pesetas. Restan 1,75 para la satisfacción del semestre.

Bilbao.—P. I.—Se le mandarán los nueve números que pide.

Medina del Campo.—V. O.—Queda suscripto por un trimestre desde 1.º de Julio.

Valladolid.—Casino Republicano.—Queda suscripto por un año á partir del 30 de Abril.

Orense.—M. M.—Le he escrito por correo. Se le remiten los números que pide.

Tudela de Duero.—A. V.—Queda hecha la suscripción en favor de D. L. G. por un semestre á partir del 30 de Abril. Recibidas 3 pesetas. Restan 1,75 para el pago del semestre.

Barcelona.—J. S. A.—Envío 10 ejemplares de propaganda á D. G. P., de Sabadell.

Valladolid.—J. M.—Se le sirvieron los ejemplares que pide con el núm. 11.

Lorca.—R. F. R. de S.—Queda suscripto por un año á partir del 1.º de Julio.

Andjar.—J. R. O.—Queda suscripto por un año.

Villanueva de Córdoba.—J. M. B.—Quedan usted y D. M. y P. suscriptos por un año. Recibidas 18 pesetas.

Colmenar Viejo.—R. A. I.—Se le remiten 10 ejemplares semanales hasta nuevo aviso.

Palafrugell.—Centro Obrero.—Recibidas 5 pesetas por su suscripción de un semestre que empieza el 15 del corriente.

Zaragoza.—D. E. A.—Remitido folleto *República social*. Quedan hechas las dos suscripciones que indica de D. M. F. y D. A. P. por un año cada una. Envío los números que pide.

Mahón.—B. B.—Queda hecha rebaja paquete. Contesto por correo. Mandadas cuatro colecciones.

Salamanca.—J. de la H.—Queda suscripto por un trimestre desde el 15 de Julio. Contesto correo.

Reus.—P. T.—Conforme con la suya. Mando lo que pide. Contesto correo.

Carrión de Calatrava.—M. B.—Queda suscripto por un trimestre á partir del 15 de Julio.

Terque.—W. Y. A.—Queda suscripto por un año á partir del 15 de Julio.

Alajar.—J. M. de los R.—Suscripto por un año. No se ha recibido las 6 pesetas que anuncia.

Cunjayar.—M. A.—Suscripto por un trimestre desde el 15 de Julio.

Málaga.—J. D.—Insisto en que le he remitido los ejemplares que desea. Haga reclamación al correo.

Granada.—Casino Principal.—Recibidas 9 pesetas importe de un año de suscripción que queda hecha.

Salamanca.—A. M.—Queda suscripto por un trimestre á partir del 15 de Julio. Recibidas 2,50 pesetas.

Gijón.—M. A.—Se le remite los 25 ejemplares que pide. Procuraré remitirle los folletos que desea.

EL ADMINISTRADOR.

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

GERMINAL

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS VIERNES

Redacción y Administración: VILLANUEVA, 20

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

REDACTORES

ALONSO Y ORERA, ERNESTO BARK (A. DE SANTA CLARA),

JACINTO BENAVENTE,

RAFAEL DELORME (JUAN DE LA ENCINA),

RICARDO FUENTE, FÉLIX LIMENDOUX, FRANCISCO MACEÍN,

ANTONIO PALOMERO (GIL PARRADO),

MANUEL PASO, NICOLÁS SALMÉRÓN Y GARCÍA,

VALLE INCLÁN, EDUARDO ZAMACOIS.

DIRECTOR ARTÍSTICO: FÉLIX JAIME.

COLABORADORES

ALFREDO CALDERÓN, GONZÁLEZ SERRANO,

JACINTO O. PICÓN, JURADO DE LA PARRA, LAPUYA,

MARIANO DE CAVIA, EUSEBIO BLASCO,

JULIO BURELL, ANTONIO MONTILLA, CATARINEU,

MIRALLES, SALAS ANTÓN, ANTONIO ZOZAYA,

VERDES MONTENEGRO,

FERNÁNDEZ VAAMONDE, ODÓN DE BUEN, SEGURA, ETC.

REDACTORES-CORRESPONSALES

Montejo de Arévalo, EUSEBIO GÓMEZ.

Minas de Río Tinto, RICARDO RODRÍGUEZ SOUSA.

Villaviciosa, RODOLFO G. DE REDUELES.

Mazarrón, GINÉS GARCÍA NAVARRO.

Guadix, JOSÉ MARÍA ORTIZ.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid....	Trimestre.....	2	pesetas.
	Año.....	7	—
Provincias.	Trimestre.....	2,50	—
	Año.....	9	—
Extranjero y Ultramar: Año.....		15	—
Número suelto.....		0,15	—
Idem atrasado.....		0,50	—

A los corresponsales y vendedores: mano de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

Anuncios á precios convencionales.

Pagos adelantados.

Toda la correspondencia al Administrador.

ENCARNACIÓN RODRÍGUEZ

MODISTA DE SOMBREROS

Recibe quincenalmente las últimas novedades de París y de Londres.

CARMEN, 21

PREPARATORIA MILITAR

DIRECTOR

DON EMILIO PRIETO VILLARREAL

Calle de Fuencarral, 6, pral.

Honorarios: 25 pesetas al mes.

EL GRABADOR UNIVERSAL.

GRAN TALLER DE GRABADO

PARA

litografía, talla dulce y tipografía.

FOTOGRAFADO, FOTOTIPIA

Y SUS SIMILARES,

con maquinaria para la estampación de estos procedimientos.

DIRIGIDO POR

FÉLIX JAIME

VILLANUEVA, 20.—MADRID.

«DE UN PERIODISTA»

POR

RICARDO FUENTE

CON UN PRÓLOGO DE

JOAQUÍN DICENTA

Un tomo de 224 páginas, 2 pesetas.

De venta en esta Administración.

INSTITUTO POLÍGLOTA

Francés, inglés, alemán, ruso, italiano, portugués, polaco, árabe, latín, griego.

Lecciones desde 15 pesetas al mes; conversación de francés (Cercle Polyglotte), 5 pesetas al mes; traducciones comerciales, literarias, de documentos, etc., en el acto, 1 peseta las cien palabras.

Director: D. ERNESTO BARK

De diez á doce en la Puerta del Sol, números 11 y 12.
Papelería Pelegrini.

D. BRITO SANCHEZ

CIRUJANO-DENTISTA

Gabinete de Clínica dental.

Consultas los jueves y domingos, de ocho á una.

Consultas y extracciones, UNA PESETA.

SAN BERNARDO, 20

Acaba de publicarse:

LA REPÚBLICA SOCIAL

CARTILLA POLÍTICA DEL PUEBLO

FOLLETO DE ACTUALIDAD

á 25 céntimos.

- I. Deberes y derechos del ciudadano.
- II. El Programa de la República.
- III. Los Presupuestos nacionales.
- IV. La Revolución Social.

Los centros populares pueden adquirir 500 y más ejemplares á 10 céntimos

en la Administración de GERMINAL.

Ernesto Bark; biografía, por Francisco Maceín.

Las Escuelas Socialistas; por Rafael Delorme.

La Hacienda de la República Social; por

Ernesto Bark.

El Ministerio del Trabajo; por I. L. Lapuya.

OBRAS

DE

EDUARDO ZAMACOIS.

El misticismo y las perturbaciones del sistema nervioso.—(Un tomo).....	1
Humoradas en prosa.—(Un tomo).....	2
Consuelo (novela).—(Un tomo de 415 páginas).....	3

Se venden con el 40 por 100 de descuento en esta Administración.